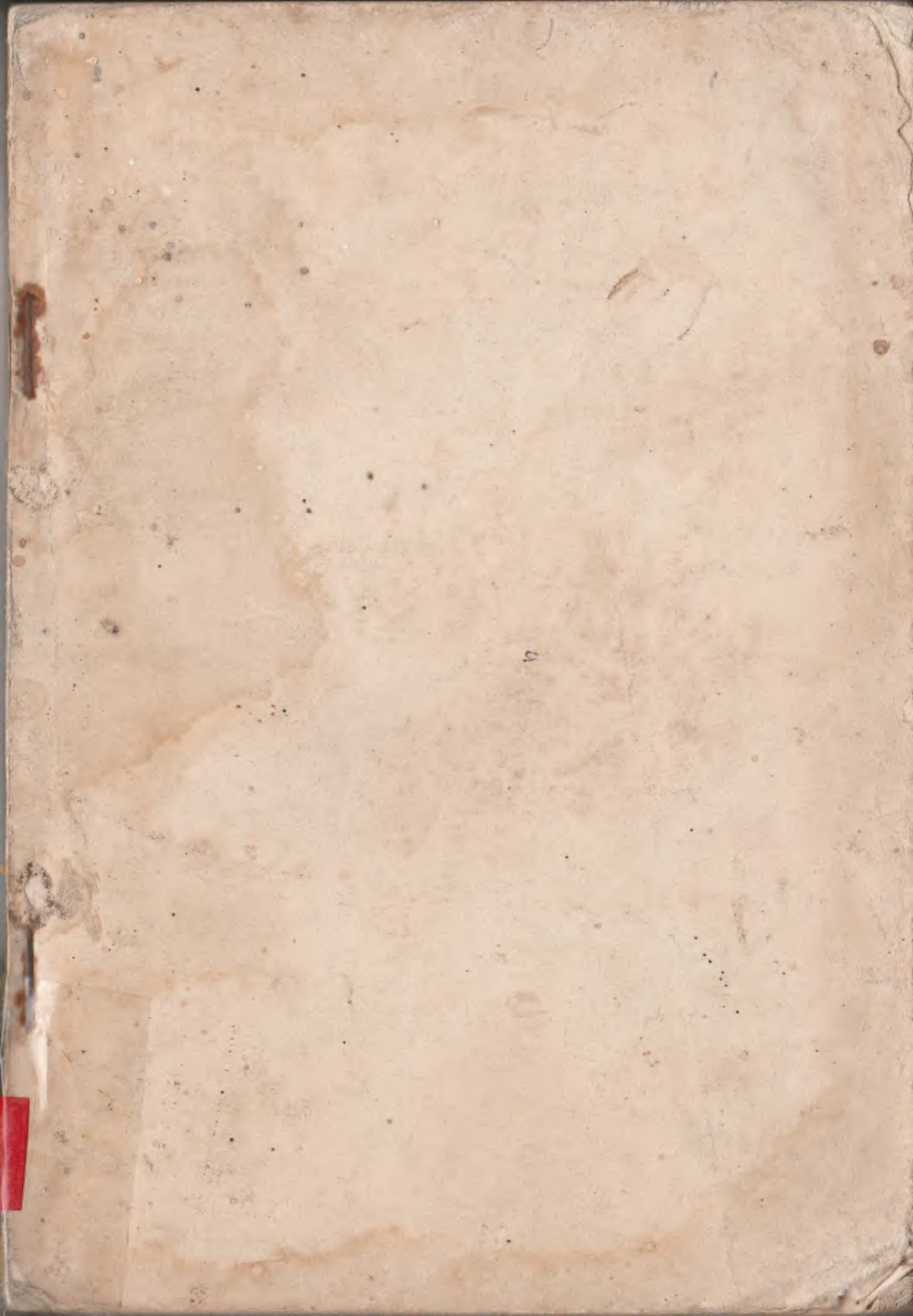




EL ROSAL DESHOJADO

BIBLIOTECA POPULAR

Volumen 40

Primera edición
Tipografía La Unión
San Salvador, 1935

Segunda edición
Dirección General de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1965

Tercera edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1973

Impreso en los Talleres de la
DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras, Nº 145. San Salvador,
El Salvador, Centroamérica.
1973.

ALBERTO MASFERRER

EL ROSAL DESHOJADO



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
DIRECCION DE PUBLICACIONES
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Biblioteca Popular

Queda hecho el depósito que marca la ley.

NOTA EDITORIAL

LA primera edición de este libro se hizo en San Salvador hace veintinueve años y corresponde al título genérico de: Obras Completas Tomo I, *del autor, Su publicación se debe "al auspicio desinteresado de un grupo de sus admiradores, que consideran como un deber sagrado, la difusión de las ideas de Masferrer", de acuerdo con lo que expresa la nota correspondiente.*

No sólo por el título y los temas en donde lo sentimental domina, sino por la lucha entre la pasión y la razón, vuelo de la fantasía y acentuado lirismo, esta obra pertenece al período más romántico de su creador.

La mayoría de estas páginas son trozos de la vida diaria o recuerdos que nacen al conjuro de algún estímulo. Casi todas contienen meditaciones sobre la niñez, la vida, lo temporal, mundano y pasajero. Muchas son notas autobiográficas con pensamientos relativos a constantes afanes de Masferrer. Pero todas son trozos literarios que, en su mayoría, acusan la tendencia del autor a escribir sucintamente sobre cuestiones trascendentales que de pronto le asaltan a

contemplar una escena o un paisaje, escuchar el canto de un pájaro, ver una flor o visitar un sitio cualquiera, relacionando así sus concepciones panteístas y su sentido de arraigada religiosidad.

Es indudable que Masferrer fue mejor prosista que versificador. Aunque las poesías que se ofrecen en este volumen son escogidas, su desarrollo no culmina en elevada inspiración. Masferrer poseía, desde luego, gran sensibilidad expresiva; pero no llegó a traducirla en los versos y estrofas que dejó escritos. Su prosa sí es fina y fuerte, entrañable y conmovedora, en algunos momentos llega a ser poética y cuando trata temas humanos, sabe imprimirles, dentro de su arrebatado apasionamiento, verismo, sentimiento conmovedor, de tal modo que sus ideas impresionan y sus argumentos persuaden por su sinceridad y belleza.

Podría decirse que en estos artículos se encuentra el germen de las ideas que Masferrer se empeñó en difundir a través de estudios y ensayos más amplios, a medida que fue madurándolas y desenvolviéndolas debido a la experiencia, conocimientos adquiridos y ampliados, como por el fervor de evangelizar mostrando a los hombres el camino de su regeneración y mejoramiento valiéndose de la meditación reflexiva y el confrontamiento de la realidad que lo circunda, como de la necesidad de convivencia, fraternización y entendimiento con los demás hombres.

Este libro vuelve a mostrarnos al Masferrer bondadoso, convincente, empeñado en que los humanos descubran su propio destino y encuentren la ruta de la salvación.

ALBERTO MASFERRER nació el 24 de julio de 1868 en Alegría, departamento de Usulután, República de El Salvador, y murió en San Salvador el 4 de septiembre de 1932.

AVE, ROSA Y ESTRELLA

ESTE árbol escuchó la primera canción del pájaro que nació entre sus ramas. Llegarán otras aves, y con divinos cantos harán estremecer sus hojas; mas ¿cuál conmoverá su corazón como la nota del pájaro que nació entre sus ramas?

* * *

Cuando se abrió la rosa, una abeja peregrinante recogió su primer efluvio. De flor en flor, la abeja ha recogido mieles y fragancias; mas ¿dónde halló jamás otras tan dulces como el primer efluvio, cuando se abrió la rosa?

* * *

Una estrella vertió del hondo azul el primer rayo, como una perla tímida se asoma a la rendija de su rosada concha. Una nube pasaba, y el vellón de nieve fue encendido con el oro inviolable de aquel primer destello. Volando va la nube, y sus alas se incendian

con rosas de la aurora, con besos del ocaso; mas ¿dónde halló jamás la primera llama de aquel destello?

***

Ave, rosa y estrella fue tu alma y para mí sus cantos, su luz y su fragancia. Sea mi corazón urna cerrada, y en él vivan solos, improfanados, tu primera canción, tu prístino destello, tu purísimo efluvio, ave, rosa y estrella.

MELANCOLIA

(En el Parque Barrios
frente al Conacaste)

AQUI vine, con ansia de encontrar *mi palabra.* Ha de haber para cada hombre una palabra que sea la llave de su Destino; la que —haciendo girar de cierta manera la cerradura de su vida— le abra las puertas de la paz...

***

(Cae una hoja. Un torogoz de vuelo restallante se posa en una rama, y sube y baja, y sube y baja la pluma única de su cola verde oscura).

***

¿Sólo para mí no ha de haber esa palabra?...

***

Por primera vez vine a este gramal, donde creí hallarme solitario y tranquilo; mas viene un jardinero con su rastrillo a recoger la basura, y bañó de polvo

mis manos, mi papel y mis ojos... Así fue mi vida... así fue siempre...

* * *

Me sacudo el polvo de las manos. Me detengo a contemplar esta mano que tantas palabras escribió. Está llena de manchas, toda llena de manchas al reverso, como si cada palabra hubiera sido una mentira. Sin embargo, mi mano fue sincera. Palabras de ira, sí escribió; de tristeza, de tedio, de exasperación y de melancolía... pero no de mentira.

* * *

Por el anverso, mi mano aún está blanca. Aún se perciben en ella, vagamente, dos cicatrices, de nueve que tenía, y recordaban una aventura de mi niñez.

No había advertido que esas cicatrices se habían casi todas borrado... ¡qué extraña sensación me causa su pérdida!... Así fueron otras, del alma: heridas que nunca dejarían de sangrar, pensaba yo; y ahora, cuando vengo a ellas, y las busco, ya no las encuentro. Ya no se ven las cicatrices... ellas también murieron...

* * *

Cae una hoja. Luego otra. Luego otra. Un clarinero joven ensaya sus primeros vuelos en el gramal del Conacaste. Comienza él a vivir, a buscar un canto, así como yo buscaba una palabra...

* * *

De estas dos cicatrices que aún conservo, la una es ancha y rugosa, la otra fina y apenas visible. Me acuerdo: me negaron la salida en el colegio, un día domingo, porque sí; porque yo era débil. Pero en aquel tiempo, con la fuerza de mis trece años, yo era débil de cuerpo: mi corazón no sufría cadenas. Salté por un tapial cuyos bordes se hallaban cubiertos de polvo y telarañas... y me destrocé la mano. Debajo de las telarañas había desgarrantes y enconados vidrios, trozos de botellas, enterrados ahí para hacer el tapial inaccesible. Fueron a un tiempo nueve heridas, de las cuales hubo que extraer puntas de vidrio, entre la sangre que salía impetuosa.

Muchos años guardé mi rencor al maestro tirano que me impulsó a la rebeldía, y mis dedos, anquilosados mucho tiempo, me incitaban a no olvidar. Sin embargo, olvidé...

¿Será, pues, *mi palabra, Olvido?* Quizás esa es la palabra que más dolores me ha curado; pero no me trajo ninguna alegría, no me trajo la paz. Siempre supe olvidar; no hay injuria que yo no olvide, y las heridas que me hacen, huyen de mi memoria como las nubes al soplo del viento. Pero el olvido, si se llevó mis lágrimas, también se llevó mis risas y mis cantos...

Y no es así la paz...

* * *

Acabo de sentir un escozor intenso debajo del pulgar, en la mano derecha; tanto que me cuesta escribir. ¿Qué es? Una herida diminuta, pero honda. Me la hizo el canto del papel en que escribo, que es agudo y rígido. Es una heridita minúscula, pero dolorosa. No

brota sangre, y tengo que apretarme fuertemente, para que salgan algunas gotitas. Contemplo esas gotitas rojizas, de un rojo amarillento, que se coagulan en un instante. Pienso en mis días de adolescente, cuando yo me hería con frecuencia las manos, los pies, las piernas, los brazos, el cuello. Cuando yo ascendía a las cumbres más escarpadas, descendía a los barrancos más profundos, y atravesaba —por un capricho, por ver de cerca una mariposa o una flor— los zarzales más espinosos. A cada instante me exponía a rodar en un precipicio, a desgarrarme con las zarzas, a que se rompiera la rama a que me asía, o rodara el guijarro en que asentaba el pie.

Mi vida era entonces, *Valor*... ¿Sería a caso el *Valor*, esa palabra que encerraba la serenidad de mis días y la paz de mis noches?...

***

Cae una hoja... luego otra, y otra, y otra... una rama entera ha sido deshojada, y el viento se llevó las hojas arrebatadamente...

Sí, tal vez era el *Valor* mi palabra... Pero ya no tengo valor. El dolor físico, el alarido de mis nervios martirizados por inmensas torturas; el estremecimiento de mis carnes, que tiemblan al solo pensar en mis noches de angustia, me recuerdan que ya perdí el valor...

Me acuerdo que he vivido seis días en un estercolero, aullando de dolor, con mis huesos quebrantados, y sin tener siquiera el tiesto de Job para roer mi podredumbre... No, no quiero más hazañas, ni más aventuras. Bien lo dicen mis manos temblorosas y marchitas... ya no hay valor en mí...

***

Se está ocultando el Sol, y ya no hay luz para escribir.

¿Cuál será mi palabra?

Mañana, ¿podré venir otra vez, a este gramal, a sondear los rincones de mi corazón, a ver si encuentro mi palabra?

¿Y qué será de mí, si no la encuentro, ahora que más la necesito?

***

Se va el Sol... debo irme.

Los clarineros, que rasgan a cada instante el aire con sus agudos trinos, me invitan a quedarme. ¡Qué vigor, qué esperanza y qué fe hay en el canto de estos pájaros! Son dianas resonantes y penetrantes, como si cada nota cantara una victoria.

¡Así cantaba yo a mis veinte años, cuando cualquier dolor se me cristalizaba en un triunfo, y en una ansiedad de desafiar otra vez el dolor, para vencerlo una vez más!...

¡Son pájaros niños!... ¡se adivina bien en su canto!

El Sol desciende y los pájaros redoblan sus quejas, diciendo adiós a los celajes moribundos. No había notado antes —yo que tanto he oído a los pájaros—, la prisa, el énfasis, el arrebato con que cantan al despedirse el Sol. ¿Es canto? ¿Más bien serán gritos desesperados, de quien teme no ver ya nunca la luz que protege, la

vida?... Lamentos, sin duda. A cada instante son más desgarradores y penetrantes. Son un remedo de alborozo de la mañana; pero, en verdad, lo que traducen es la tristeza del que dice un adiós...

—¡Adiós, no te vayas, no nos abandones!... he aquí lo que estoy oyendo en esos cantos de atardecer...

¿No es hora de que yo cante así, también? ¿Por ventura habré encontrado mi palabra en ese canto del pájaro, que se cree solitario y abandonado para siempre?

Entonces mi palabra será *Soledad, silencio, obscuridad?*

***

Caen las hojas, una a una, rozando melancólicamente el suelo, mientras un pájaro modula, una última vez, su grito lamentable.

Y me voy, yo también, puesto que el Sol se fue...

1925.—1º de Diciembre.

EN EL TREN

EN el tren, bajo su blanca toca de lino sutil, asomaba la faz marchita de la hermana.

Las manos recogidas entre los pliegues de la falda, caída la frente, en las sienes un surco de antigua amargura, era como una estatua de resignación, como una esfinge de la tristeza, silenciosa y tranquila.

Inmóvil, los ojos apagados, fijos en el vacío, estaba allí como alejada de sí misma, sin otro signo de vida que una oscilación pausada y leve sobre el pecho, y el vaivén del crucifijo meciéndose a los tembleteos del carro.

¿Adónde iba? ¡Quién sabe! Lejos, a cualquier parte, a un oscuro y vasto salón, tan oscuro, frío y desolado como el que dejaba tras de sí. A consolar a extraños, a curar llagas y heridas que ella no causó, a llorar por ajenos dolores, a rogar por ajenas culpas, a confortar ajenas esperanzas... mientras que nadie, nadie, ni ella misma, pensaría en sus propios dolores, en sus esperanzas marchitas, en sus antiguos sueños, náufragos desde un día ya muy lejano, muy lejano...

Ahora estaba libre, era suya, podía pensar en sí

misma, llamar a sus ojos el llanto retenido, recordar y soñar...

Y mientras vuela el tren por selvas y llanuras, podrá llevar la mano al corazón, a ver si aún late por el amor perdido; tocarse la encanecida y recortada cabellera, a ver si aún guarda el calor de aquellos besos; acariciarse las hundidas mejillas, a ver si alguna huella tienen de cuando fueron rosas vírgenes; contemplarse las manos descarnadas, a ver si todavía en las azules venas se mira a través del cutis marfilino la carrera impetuosa de la cálida sangre.

Ahora es libre, y mientras vuela el tren por selvas y llanuras, murmura conmovida: —¡dulce y abandonada pena mía, estamos solas, ven! aún me queda una lágrima para consolarte, ven, despierta...

Pero el dolor, sombrío, silencioso, no respondió a su ruego.

Aquel dolor que viviera en un oscuro rincón de su pecho tantos años, sin que ella le diera ni un suspiro; aquel pobre dolor huérfano que tantos años pasara aguardando su hora, que oyó tantas plegarias y vio correr tantas lágrimas para aliviar a extraños, permaneció callado, inerte, con las alas entumecidas...

Y en la faz marchita de la hermana no se vio el fuego de la emoción ansiada, ni humedeció sus ojos el llanto, ni se alteró la suave y pausada oscilación de su pecho.

Y mientras el tren volaba por selvas y llanuras, en plena libertad, en el olvido de la carrera vertiginosa, en el frescor del aire rasgado que azota y acaricia, ante el desfile fugaz de los árboles, de los pájaros, de los ríos, de los montes y de las nubes; en medio de aquella embriaguez de vida y movimiento... la hermana siguió como una esfinge de la tristeza... silenciosa y tranquila... los ojos apagados... las manos recogidas... inclinada la freste bajo su blanca toca de lino sutil.

AÑO NUEVO

EL Año Nuevo!...

Se apodera de mí una extraña emoción...

La Tierra viene de concluir fielmente, dócilmente, un círculo más en torno del Sol, que la bañó en su luz y la impregnó de todos sus poderosos flúidos, para que ella, a su vez, diera vida y alegría a las innúmeras criaturas que lleva en su regazo. Con docilidad y sumisión, ¡como ya tantas veces!, trazó su estela inmensa alrededor de su dios y señor.

Ahora comienza un nuevo giro, dócil, sumisa y amorosamente, como lo haría una regocijada mariposa que por primera vez rondara en torno de un fanal...

¿Y yo?

¿Cómo describí este círculo del año que acaba de morir? ¿Cómo andan mis alas y mi espíritu, al comenzar la estela del año que viene de nacer? Fui dócil yo también, y sumiso, y fiel, y esparcí vida y alegría, graciosamente, así como la recibí del Ser Divino que con su luz me hace vivir?...

Aún le quedan a esta mariposa del Ether millones de círculos que trazar, y si alguna vez sufriera una

ligera desviación, mil y mil veces pudiera remediarla...

¿Y yo?... ¿cuántos años me quedan para volverme íntegramente dócil, sumiso y fiel? ¿Alcanzaré, siquiera, a describir entero este círculo que ahora comienzo? Y no daré, una vez más, a las almas que en torno de mí giran, en vez de miel acíbar? Una vez más disiparé mi tiempo, atediaré mi vida, hundiré en las tinieblas la luz interna que me guía, y atrofiaré las alas de mi espíritu?

¡Año nuevo! año último, quizá?... ¿Y seguiré como hasta hoy, y moriré como he vivido? ¿Y todos mis sueños y anhelos, y todos mis arranques en busca de la luz, serán otros inútiles esfuerzos, para caer vencido, ¡como ya tantas veces!, diciéndome desesperadamente: ¿quimera... ilusión?...

Año nuevo... Si pudiera nacer de nuevo, ahora que se inicia este minuto, que es el primer vagido del año que comienza...

Nacer de nuevo... ¡Qué revelación y qué hondura hay en estas palabras: Nacer de nuevo!...

Hay que nacer de nuevo, sugirió Jesús al docto y petrificado fariseo que le interrogaba sobre los misterios de su doctrina y de su reino. Sí, hay que nacer de nuevo; quemar en una hoguera intensa la costra gruesa y dura del hombre artificioso que se ha formado en ti. Quemarlo todo, sin miedo, sin vacilación, sin lástima ni conmiseración ninguna a todas las mentiras que has adorado y temido, creyendo que eran la Verdad.

Quemarlo todo... reducirlo todo a cenizas, y que el viento del Olvido se lo lleve, y lo disperse y lo desvanezca en el abismo de las palabras engañosas...

Ahora, la Tierra, como una mariposa recién emergida del capullo en que tejió su nueva vida, se lanza regocijada y pura en torno del Sol, para embriagarse, una vez más, de su luz y su amor...

¿Y yo?

¡Año nuevo!

¡Nacer de nuevo!...

LA PRIMERA PIEDRA

EL pecado del hombre es siempre colectivo. Sea quienquiera el pecador y su pecado, con él pecamos todos; pues ni se formó, ni vive solo.

A través de la sangre heredó locura, o debilidad, o enfermedad, o impureza, que le habían de conducir al pecado. El hambre, la injusticia, la miseria, el desamparo, la ignorancia, el ejemplo, el menosprecio, le indujeron a pecar. El orgullo y la impunidad de otros, le alentaron en el camino del pecado. Los libros, los cuadros, el escándalo, la conversación, el ocio, la incomprensión, le incitaron a delinquir. Todos los hombres y todos los errores de los hombres, fueron raíces y estímulos de su pecado.

Así, ¡oh tú que sentencias, no extremes la severidad en la pena, ni cargues sobre los hombros de un triste pecador la cruz que deberíamos llevar entre todos!

Esto enseñó Jesús cuando falló en el juicio contra la Adúltera: *"que el que esté sin pecado* (es decir,

aquel que no tenga ninguna participación en su pecado), *le arroje la primera piedra*".

Fácil es sentenciar a muerte o a prisión perpetua a un criminal. ¿Pero es justo?

OMAR

OMAR, Califa de mirada profunda, te alabo sobre todos los hombres. Tú viste hace mil trescientos años la enfermedad que había de matarnos o enloquecernos. Tú adivinaste que el hombre no puede vivir de teorías sino de amor. Tú viste que la especulación mata la vida, y que el abstraer continuo reseca el corazón.

¡Quién pudiera otra vez hallar como tú hallaste, juntos y hacinados todos los devaneos de la mente humana, todos los libros surgidos de la locura, del tedio y del miedo, y arrimarles la tea salvadora, y reducir a cenizas el pecado y la ley, el ayer muerto y el futuro vano, el culto a Satán y a Moloch, el temor del infierno y la ansiedad del cielo! Y quedar libres, libres de Roma y de Babilonia, de Salomón y David, de César y de Alejandro: del derecho y del deber; de la ciudad y de la patria; del arte absurdo y de la ciencia mentirosa. Y olvidarlo todo, todo; y no volver a pensar nunca en Moisés ni en Licurgo, ni en los estoicos ni en los epicúreos, ni en los sistemas filosóficos, ni en los misterios; y quebrar y aventar los códigos, y las

ficciones todas del honor, de la propiedad, de la tradición, de la patria, del Estado; y que se borraran del corazón del hombre el pensamiento de ultratumba y la inquietud atenaceante de ser perfecto; y que volviera a ignorar, desnudo, su cuerpo y su alma, que existen la malicia y el pecado; y nos sintiéramos, una vez más, sencillos e ingenuos, en presencia de la naturaleza; la malicia y el pecado; y nos sintiéramos, una vez más, de la montaña y del desierto; frente a la belleza de las nubes calladas, y de las aguas susurrantes... y que en recompensa de cien mil años de dolor, en recompensa de cien mil años de temor y de locura y de sangre y de odio, que son nuestro calvario inmenso, se nos diera que sólo quedara en nuestro corazón una flor entreabierta, sonrosada y leve y fragante, que se llamaría piedad, y una nube tenue y dorada y luminosa, que se llamaría belleza.

EN LA PLAYA IGNORADA

(NOCTURNO)

EN la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, reclinaste aquel día tu cabeza gentil. La ruda corteza no ha de olvidar la caricia tibia de tus cabellos... y yo no olvidaré jamás que tus dedos finos y sonrosados peinaban los míos, como un desfile de palomas blancas internándose por un zarzal.

En la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, tu mano blanca y suave cortó la flor brillante de una extraña parásita. Llevémosla, dijiste, y besándola, la acercaste luego a mis labios. En ella quedaron nuestros besos... mas ¿dónde están, ahora, que la ausencia y el tiempo han consumido sus pétalos de oro?

En la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, grabaste unas cifras que decían mi nombre. Debajo escribí yo la música del tuyo. La ruda corteza guardará todavía nuestros nombres... pero mis ojos, ¡ya nunca los verán!

En la playa ignorada, tras del rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, te escondiste a escuchar

los trinos de un cenzontle que llamaba a su amada. Los lirios de tu mano cerraron mis labios, mientras con la otra señalabas un nido...

Tal vez, en este instante, escucha el árbol los trinos del pájaro feliz. Y yo oigo, no más, extrañas voces, extrañas voces que nada dicen a mi alma.

En la playa ignorada, bajo la copa umbría de un árbol que nunca más veremos, largas horas pasamos mirando las adormidas ondas...

Lejos, la palidez celeste de las aguas bordaban con un diáfano encaje los montes de la escarpada orilla ¡Mira, dijiste —asomada a tus ojos toda el alma—, que guarden para siempre tus pupilas la imagen de ese cuadro!...

Tu dulce mano blanca temblaba entre las mías como una avecilla temerosa, y una lágrima que rodó de tus ojos se fue a perder en las dormidas ondas...

Y ahora, yo estoy aquí, ¡tan solo!, y mi cabeza dolorida quisiera reclinarse una vez más en el rugoso tronco, y mis cansados ojos quisieran dormir su último sueño, bajo la copa umbría, en la playa ignorada... en la playa ignorada que nunca más veremos...

VOCES INTERNAS

ALGUNA vez, en el momento de perderse mi espíritu en las sombras del sueño, la razón vigilante y el orgullo suspicaz se descuidan, y un suspiro se escapa entonces de mi pecho: una queja, la más triste queja que mis oídos escucharon.

Yo despierto azorado, y me pregunto: ¿quién se queja?...

Y una tímida voz responde, con el acento de un esclavo que huye:

—Era yo...

¿Yo?...

Después, las horas silenciosas de la noche se me van, pensando en esa voz, en ese gemido que sale quién sabe de qué rincón de mi alma...

Llamo a todas las puertas de ese laberinto, y pregunto: ¿quién está ahí?

Nadie responde; las sombras y las luces de mi alma duermen, o están lejos.

Vuelvo a mí mismo, a la vida real y serena, pero el eco de aquel suspiro no me deja, y algo como el

leve roce de una falda o el tenue rasar de un ala, me dice: —alguno vive ahí...

Alguno... acaso muchos que velan y se agitan, mientras tú duermes y olvidas.

¿Quién será?...

Tal vez mi cuerpo, esclavo quebrantado bajo el peso de mis preocupaciones, de mis locos ensueños, de mis vanos deseos.

Dirá él en esa queja: yo nací para una vida libre, sana y tranquila: yo nací para el aire, como los pájaros; para la luz, como las flores; para el andar ligero, como el ciervo; para el trabajo inagitado, como el buey. Y me has hecho correr tras de la gloria, del amor insereno, del saber insaciable, del análisis que todo lo marchita.

¿Será, tal vez, el fantasma de mi alma niña, aquella que fue buena como una corderita, blanca como una garza, dulce como una tórtola? ¿Serán las quejas de aquellas ilusiones, de aquellos pensamientos, de aquellos sueños tan nobles y tan puros, ahogados por la vida?

¿O acaso las almas que a mi contacto se nublaron, aquellas en que vertí la hiel de la primera herida y el veneno del primer desengaño?

Sencillos corazones que por mí palpitaron, y que yo amé un instante o fingí amar —¿no viven ahí, tímidos y callados, como un perro fiel que vela el sueño de su amo, lamiendo la mano que le ha herido?

¿Por ventura es la voz de un alma que jamás conocí, de un corazón que es mío sin que yo lo adivine, y que viene a suspirar a mi oído su amor sin esperanza?

¿O es, en fin, mi propio espíritu, hastiado del ayer, inquieto del mañana, que dice en ese instante de reposo y de olvido: ¡si ya no despertara!?...

¿Quién será?

UNA PERLA

CUANTO tiempo estuvo aquella perla, escondida en el fondo del mar?

¿Cuánto tiempo vivió de sí misma —como el sol, y las rosas, y el ruiseñor— ignorada y feliz, oscura y satisfecha, cantando sin palabras la canción íntima de la más honda música; como una flor silvestre cuyo aroma sólo conocen las mariposas y los pájaros?

El azar desprendió la concha de la roca nativa, y la perla, todavía en su relicario de nácar, vino a irisar la luz del sol; y entonces las admiradas gentes vieron que aquélla *era una perla.* No una piedra relumbradora y ostentosa, hecha de vidrio y de réclame, de sugestión y moda, brillante a fuerza de lima y de artificio... sino *¡una perla!*

Realmente, una hija de la onda y de la luz; de la espuma y de la rosa; del silencio y del tiempo. Sencilla y perfecta, tenue y firme, apacible y profunda... ¡una perla, en verdad!

PANTHEOS

UNA vez que he penetrado en los dos infinitos; una vez que he visto, arriba la polvareda de los astros, mundos en que se mueven innúmeras humanidades; abajo, la gota-océano, la gota de agua en que se agita el torbellino de los imperceptibles, no me queda más que morir, desvanecerme quebrantado por la pesadumbre abrumadora de la vida. Empero, si tales pensamientos pueden bullir en mi cabeza sin romperla, es que yo también soy un astro, que yo también soy luz. Entonces, espero, aguardo a que la temblante aurora de mi alma se extinga por sí misma; a que la sombra sin límites en que se pierden todos los resplandores, corra su velo sobre mi débil claridad.

HAZME SUAVE EL INSTANTE

HAZME suave el instante. Mañana, esta noche tal vez, he de partir.

Y será para ya no volver... Para ya no volver jamás... jamás...

Pasarán milenios y edades y eternidades, y yo no volveré.

Rodaremos de mundo en mundo por toda la inmensidad de los cielos, y no volveremos a encontrarnos. Y aun si nos encontráramos aquí mismo, una y otra vez, no sabrás quién yo soy, ni yo te reconoceré.

Porque sólo se encuentran los que se compenetran: los que vencieron la barrera de la separación; los que se adivinaron, y sacrificaron, *uno en aras del otro,* los mil egoísmos del ser.

Por eso, hazme suave el instante: porque una vez yo muera; una vez la primera palada de tierra caiga sobre mi féretro, ya nada servirá que me llores y que te lamentes de no haberme endulzado el amargo vivir.

Ahora, ahora que vivo o padezco, todo es hiel o miel para mi alma. Una sonrisa, una palabra, una mirada, un simple gesto cordial, es medicina y alivio

para mi atribulado corazón. Después, ya perdido en las tinieblas del sepulcro, nada me servirá.

Ahora me puedes dar amor. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías.

Por eso, hazme suave el instante; hazme suave el instante, si es que sientes deseos de endulzarme el amargo vivir.

Después, ¿qué?... ¿Qué haré yo con tus negros vestidos y tu semblante contristado? ¿De qué me servirá que suspires, y descubras en mí cien virtudes y gracias que antes no conociste? ¿De qué me servirá que enaltezcas mi nombre y te abismes en la contemplación de mi ser?

¿Fui bueno, malo, cariñoso, áspero, cordial o incomprensivo? Fui... ya no soy... Ahora soy, no más, una sombra, un nombre, nada. Ahora, que me recuerdes o me olvides, es igual, y todos tus lamentos los cambiaría yo por una sola suavidad que me hicieras cuando yo aún existía.

Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad, la sola y accesible realidad.

Si nos separamos sin fundirnos, ya nunca más nos hallaremos. Porque tendremos que aprender una lección distinta de la vida. El Destino arrastrará a cada uno a expiar y aprender la lección que no logró aprender, y la culpa que no alcanzara a expiar. Un huracán dispersará nuestras almas, y un foso inmenso dividirá nuestras vidas.

Acaso andaremos el uno junto al otro, sin sospechar que un tiempo nos amamos, o creímos amarnos. Y por no haber sabido amarnos, porque todo no era sino egoísmo y vanidad, andaremos extraños el uno junto

al otro. ¡Y ya nunca sabremos quién es ni adónde fue aquel a quien no supimos amar!

Por eso, hazme suave el instante, este instante, este único instante en que tu corazón puede aislarme de la eternidad.

Sí, hazme suave el instante...

DESCANSO

EN verdad, apenas sabemos cuántas, qué difíciles condiciones se requieren para descansar. Cristo pudo añadir a las Bienaventuranzas esta otra: ¡Bienaventurados los que reposan, porque ellos verán renacer la esperanza!

Porque no basta dejar el trabajo, ni ser dueño de ir por donde uno quiera, ni contar con lo necesario y lo superfluo, ni hallarse rodeado de servidores celosos y obedientes, ni estar libres de obligaciones...

Ni siquiera el sueño asegura el descanso; pues las pesadillas vienen, y nos horrorizan, y se ahoga uno, y enloquece, paralizado y mudo, hasta que ¡oh Dios! despierta, dando infinitas gracias de que todo fue un sueño...

¿Sé yo qué es descansar?

En sueños he sufrido lo que jamás imaginé sufrir despierto. Soñando me mataron, en combate sangriento. Soñando me ahogué... fui bajando, bajando, forcejeando por asirme a las aguas fugaces e inasibles, y el agua traidora que se escapaba de mis manos y se escurría bajo mis pies, forzaba mi boca, y me atragan-

taba y sofocaba, y el bendito aire de Dios se me iba para siempre...

En sueños fui asaltado y asesinado; me asfixié en un incendio; maté yo mismo a un hombre; me volví loco una vez, y disparé en las sombras, sobre las gentes despavoridas, que escapaban gritando: ¡Al loco, al loco!

Y en sueños fue... ¿cómo decirlo? En sueños fui sentenciado a muerte, puesto en capilla, y me dieron una hora, *una hora última y única,* ¡para implorar a Dios el perdón de mi crimen...! ¡Y yo no había cometido ningún crimen...! ¡ninguno...! y me daba cuenta de que jamás, *jamás* los hombres llegarían a sospechar que me habían condenado erradamente, acusado por mil apariencias fatales... ¡Aquella hora! ¡aquella hora!

Otras veces mis pesadillas no fueron terroríficas sino asquerosas. No hay hedor, no hay viscosidad, no hay putrefacción, no hay fangosidad, ni ranciedad húmeda y pastosa, ni miasma espeso y nauseabundo, ni vaho horripilante y pegajoso, que yo no haya conocido en mis sueños. A nadie, acaso, le azotó la Gula con más crueles castigos; a nadie le enseñó con más implacable dureza, que no se debe comer sin hambre, y que el paladar es una maldición...

Así, en sueños —cuando uno se imagina que va a estar dulce y profundamente reposado, libre de la memoria y la conciencia—, en sueños es cuando los genios del Terror y del Asco, le hacen bajar a los más negros abismos del vivir...

DORMIR

DORMIR bien, dice Nietzsche, es la señal de que se poseen las más altas virtudes.

En verdad, el humilde, el que no guarda su enojo para continuarlo mañana; el que siente que Dios es Padre y que "hasta nuestros cabellos están contados", el que no ambiciona dominar; el que no desea que las gentes le admiren ni le envidien; el que sabe que el mundo reposa en la diestra de *Uno* que sabe por dónde le lleva; el que no se afana por adquirir vana conciencia ni ociosa nombradía; el que *sabe* que todos somos imperfectos y flacos; duermen bien. Esos, al final del día, hecha su oración al Señor; con o sin palabras, se van a dormir, y duermen con todo el anhelo del cuerpo fatigado, como una piedra que rodó monte abajo, y llegada a la falda, se queda inmóvil para cientos de años...

CANCION

EL hombre puede crear, lo mismo que un Dios. Todo consiste en descubrir el procedimiento, en comprenderlo claramente, y en aplicarlo con intenso querer.

La primera faz de la creación, es el deseo ferviente de ver realizada la cosa que se anhela.

La segunda, es idear con precisión, claridad y sencillez la cosa anhelada, de tal manera que sea visible a la fantasía.

La tercera es vivificarla con la voluntad, *afirmar* su existencia, querer con insistencia y fuerza que se materialice. Entonces la cosa irá manifestándose por sí misma, *por la eficacia de su propia virtud.*

Toda idea que se abandona sin haber insistido y persistido en ella, debilita a quien la consiguió. No debe abandonarse sin que, por lo menos, quede hecha una *semilla,* a la cual sólo le faltarán mejores circunstancias para germinar.

Cuanto menos interés egoísta haya en una idea, más fuerza contará para su realización.

Todas las cosas, para incubar, nacer y crecer, ne-

cesitan tiempo. Más las que son más grandes y trascendentes.

Recordad, en los momentos de laxitud y desánimo, que la idea, en sí *misma,* por sí misma, es una criatura viva, que actúa y lucha, aunque se desaliente y deserte aquel que la engendró. Lo que merezca triunfar, triunfará.

LOS MAESTROS

EXCEPCIONALMENTE aparecen aquí, de tarde en tarde, seres superiores, venidos voluntariamente a la Tierra, para ayudar al hombre a encontrar el camino de la liberación.

Son *dioses,* es decir, espíritus de poderosísima inteligencia, de corazón desbordante de amor, de sabiduría profunda, que habitan en astros muy altos, muy luminosos y muy bellos, donde sólo pueden vivir criaturas que son también muy altas, muy luminosas y muy bellas.

¿Por qué vienen? Porque es una necesidad de su espíritu, compartir y extender su felicidad y su perfección. En ellos, lo mismo que en nosotros, pero en grado incomparablemente mayor, palpita la necesidad de amar, de redimir, de salvar. El deseo más intenso de su corazón es que todas las criaturas se salven, y por eso acuden ahí donde más bajamente han caído éstas, a fin de mostrarles el camino que deben seguir para regenerarse.

Posiblemente esos dioses, que aquí se manifiestan como Redentores, tengan bajo su imperio vastas Sec-

ciones Cósmicas, cuya vida espiritual dirigen; son como reyes o, más bien, *padres* de familia de espíritus, esparcidas en diferentes y numerosos astros, cuya evolución sufre trastornos y caídas que exige, para recobrar el equilibrio, ayuda de aquellos que son Sumos Conocedores de la Vida.

La especie humana es, quizá, una de esas familias que habitan en muchos astros, en una escala que sube hasta la jerarquía de los dioses, y baja hasta mundos que son inferiores a la Tierra, habitados por tristes, densas, oscuras y bestiales formas... y es un dios, un altísimo dios, quien tiene a su cargo el *gobierno de todos los humanos,* y es él quien envía, de tarde en tarde, Mesías y Redentores, que vienen a librarnos del error y del pecado.

Jesús, habla siempre de un Padre, de Aquel *que le ha enviado,* de Aquel *a quien dará cuenta de su misión,* y a quien le dirá, gozoso, que ninguna de sus ovejas se ha perdido.

¿MADRE NATURALEZA?

NO siempre, y tampoco maestra. La Naturaleza es muchas veces madrastra sin entrañas, o más bien, espectadora indiferente, que mira con sus helados ojos nuestro dolor y nuestras ansias.

¿Y maestra? Sí, de todo: de amor y abnegación a veces, y a veces de crueldad, de inconstancia, de egoísmo, de matanza inútil, de sacrificios innecesarios. Apenas hay un animal, ¡entre tantos!, que no viva del martirio y de la muerte de los demás.

La Naturaleza es un enigma de doble faz; una de luz, y otra de sombra. La Naturaleza no es ley, sino fuerza; la ley (en el Cosmos), es consciente y justa, mientras que la fuerza es inconsciente y amoral.

Todas las religiones lo han adivinado; y quien la toma siempre como guía y la ama siempre como hijo, se expone a que se le desgarre el corazón y se le arruine la conciencia.

Si el hombre ha de ser alguna vez algo más elevado que un cerdo, un mono o un tigre, será porque se emancipe de ese magisterio equívoco y variable de la

Naturaleza, y se sujete al firme y claro del Espíritu interpretado por los grandes Maestros de la Vida.

El hombre ha de estar en acecho en frente de la Naturaleza, y decirle a tiempo: *de aquí no pasarás.* Su misión y su salvación están, no de seguirla a ciegas, sino en corregirla y depurarla, y a veces, en combatirla y extirparla.

La Naturaleza no es el Orden Cósmico, ni el Orden Ideal adivinado por los santos y los poetas; es *la Vida en la Tierra,* plagada de errores y maldades. No es la obra de Dios, sino tal vez, como enseñan las religiones, del Diablo, o acaso, más bien, la Obra Divina, bastardeada por el Genio del Mal.

¿QUIERES SER COMPRENDIDO?

¿AMAMOS porque comprendemos? No: comprendemos, *porque amamos.*

Comprender, es libertar. Ser libertadas es la aspiración de todas las criaturas. Quien me comprende, me liberta. Estamos presos en *celdas solitarias* y cada uno suspira por salir de su celda y ser acogido en la de sus hermanos. ¿Pero cómo, si todos nos divide y separa? El idioma, que es el mejor instrumento de comunicación, apenas alcanza a expresarnos con plenitud en las cosas más ordinarias de la vida. Tiene que ser así: hemos construido las palabras con nuestra mente y nuestro corazón, *ya distanciados* de la mente y del corazón de los demás: y por eso, cada uno encuentra en ellas significaciones diferentes y hasta contrarias: ¿Acaso, cuando digo *paz,* suscito la misma impresión en todos los que leen esa palabra? No: los pacíficos la sienten en un grado; los indiferentes, en otro muy menor; los belicosos, no la sienten en ninguna manera; los sanguinarios, sentirán que es una palabra falsa y dañina, y al oírla, se suscitará en ellos el deseo de la contienda.

Así es la palabra, mísero instrumento de comunión;

tan mísero, que muchas veces, más nos divide que nos acerca...

¿Y cómo llegaremos, entonces, a la Unificación? Sólo el que renuncia puede romper la barrera que separa las vidas; porque las vidas, son torbellinos de separación. *Yo soy,* quiere decir, yo tengo, yo deseo, yo busco, yo escojo, *yo separo algo, que es sólo para mí.* Ser, es apartarse, es sustraerse algo de los demás. Desde el aire que respiro, hasta el corazón que se me entrega, todo es sustracción al haber común, al Todo, a la Vida Universal.

¿Quieres ser comprendido? Renuncia, despréndete. Entonces, ya no serás obstáculo ni limitación a ninguna vida; entonces te amarán, entonces romperás la celda fatal de tu yo.

Hazte reflejo, pajita en el viento, hoja seca en el suelo, grano de arena en la playa, burbuja en la espuma. Disminúyete, hazte sencillo, desvanécete, y deja pasar encima de ti el turbión de todos los apetitos y de todos los egoísmos... Entonces descubrirás las palabras cuyo sentido conocen todas las criaturas... entonces te comprenderán...

ASI HABRAS DE VIVIR

SERAS como el viento, que canta mientras sopla, y no inquiere "de dónde viene ni para dónde va".

Te contentarás, como el agua que corre, con ser una fuerza sumisa y desprendida.

Como la brisa, que se impregna de la fragancia encontrada al pasar, así disfrutarás de las venturas que te ofrezca la vida: sin apegarte a ellas; sin rehacer tu camino para gustarlas otra vez; sin tristeza por haberlas perdido. Aquellas dichas que a nadie cuesten lágrimas, esos son los fulgores con que has de iluminar las horas grises de tu vida.

Y que te aliente la esperanza de que hay *Ojos que ven y Oídos que oyen,* aunque estén más allá de las estrellas; y de que, así como para el agua y para el viento, un día habrá reposo para tu corazón.

LAMATEPEC

(Desde Acajutla)

DE tarde.

Desde el corredor, frente a mi cuarto, mientras el mar susurra sus misteriosas confidencias, contemplo la gran masa del Lamatepec.

Vasta montaña, larga, voluminosa. Montaña patriarcal, de prole dilatada, como aquellos jefes de las tribus hebreas que pactaban con Dios por alcanzar estirpes más numerosas que las arenas del desierto.

Este patriarca de los montes, Lamatepec (Cerro Padre), que decían los indios, con su corona de nubes y su barba caudal de selvas y de bosques, dio de sí. De sus entrañas poderosas fueron surgiendo, por el cráter inmenso, arroyos, torrentes, ríos, lagos, mares de lava, que el tiempo fue cortando, desmenuzando, uniendo, compactando, fertilizando y extendiendo en dirección del mar, hasta levantar el terreno en gradual y suave declive de diez leguas de anchura, a cuyos bordes viene a destrenzarse la cabellera de las olas.

Después, de siglo en siglo, un milenio tras otro, nuevos alumbramientos, nuevas erupciones se escalonaron sobre sus faldas, formando terrazas y galerías

anchurosas, que son como una escalinata para subir los dioses. Y sobre tales graderías, el viento, el sol, el sismo, el agua, la lluvia de veinte mil años, tallaron a su arbitrio en raras formas esculturales, mesetas, colinas, barrancas, surcos, quiebras, saltos y hondonadas, por donde los torrentes se descuelgan y se arrastra la marejada de los aluviones invasores.

Y así fue, de milenio en milenio, la montaña prolífica, perennemente encinta, en un alumbramiento perpetuo, construyendo la costa en un espacio de dos mil kilómetros cuadrados arrebatados al océano, que desde entonces amenaza vengarse, golpeando y rebramando sobre la playa que le sirve de muro.

Después, todavía, como si fuera su fecundidad inagotable, como si su potencia engendradora se hallara todavía virgen, brotaron de sus flancos, montes, cerros y conos: el Pico del Aguila, el Pico los Naranjos, el San Marcelino, y otros y otros más, hasta el advenimiento del Benjamín, alborotador y mimado: el Izalco, que ya sobrecoge a las gentes con sus rugidos de cachorro, y enrojece la espuma de las olas con el reflejo de sus crenchas de fuego.

Llanuras, bosques, selvas, terrazas, montes y volcanes, todo surgió de ahí, en descendencia milenaria, de sus entrañas profundas, de sus senos inescrutables, donde todavía... ¿quién sabe? un nuevo feto va incubándose...

Así fue como el Lamatepec cumplió sumiso y dócil, su misión de formar continente, de forjar y edificar la tierra, sobre la cual nosotros, presumidos insectos, nos agitamos en nuestros míseros afanes.

El gran cráter es ahora un ojo titánico, en cuyo fondo inaccesible, una glauca pupila (una laguna

límpida y dormida), parece interrogar al Firmamento, como un niño que al finar su trabajo pregunta a su madre: ¿Está bien así?

Y mientras llega la respuesta de Dios, la vasta montaña, cansada, reposa... dormita, duerme, sueña...

EGOISMO Y DOLOR

HAY buen dolor, y mal dolor.

El que es desgraciado *en sí*, es ciego, y no recobrará la visión mientras no transporte su dolor a un plano más alto y más extenso. ¿De qué viene el egoísmo? De que uno es demasiado sensible al sufrimiento personal; de que uno sufre *por su propio dolor*. El que ha renunciado a su yo, el que se ha *desprendido* de sí mismo, ya no puede sufrir *sino por los demás*. Cuanto más impersonal sea el dolor, cuanto más abarque, más puro será, y menos ceguera traerá para la mente; hasta que lleguemos a un punto en nuestro sufrir ya no será el *nuestro*, sino el *de todos*, de Todo; y entonces, *con el dolor vendrá la paz.*

Mas, aun este dolor impersonal ha de ser regido por nuestra voluntad, a fin de que no perturbe nuestra acción; pues si nos dejamos dominar por él, ya no podremos actuar. Entonces, hemos de considerar el sufrir como una disciplina *necesaria;* como un ejercicio indispensable para ver y comprender la vida de las demás criaturas. A cierta hora, en ciertos días, así como el creyente se va al templo, yo me internaré en mi

corazón, descolgaré el cilicio y el ramal, y me flagelaré, para abrirle a mi alma los ojos empañados. Traeré a mi consideración el inmenso dolor de la vida: de los hombres, de los pájaros, de los reptiles, de las plantas, lloraré por los malvados y por los buenos, por los humildes y por los soberbios, por las víctimas y por los verdugos, por los miserables y por los opulentos, por los que saben y por los que ignoran: me anegaré en dolor, me saturaré de dolor, y cargaré sobre mis hombros la cruz inmensa del vivir.

Después, guardaré el cilicio y las espinas, serenaré mi alma, y volveré a la vida, y sonreiré a la vida, para que mi visión sea diáfana, y mi voluntad, libre, pueda inquirir y remediar. . .

PURIFICACION DE LA MENTE

LO primero será poner la mente en orden, clasificando *lo que se sabe, lo que es probable, lo que es posible*. Posible llamo a lo que se puede concebir sin repugnancia del corazón y del entendimiento.

Doy como *sabidas*, las cosas que son afirmadas en nosotros por el entendimiento, por el corazón, por el instinto y por la intuición. De estas cosas que cada uno sabe, se compone *su mundo*, y dentro de ese medio se mueve y desarrolla *su deber*. Se trata de *cosas afirmadas*, es decir, constantes, arraigadas, vistas con entera claridad.

Verdaderamente *se sabe*, aquello que afirman en nosotros sin discordancia, el instinto, el corazón, la intuición y el entendimiento. Si uno de ellos se calla, se abstiene, mi certeza es aún válida; si uno de ellos protesta, ya no hay certeza; si todos afirman, estoy en la evidencia. El instinto es la voz del cuerpo; el corazón, es la voz del alma; el entendimiento, es la voz de la mente; la intuición, es la voz del espíritu. Si fuéramos puros, bastaría la intuición para fundamentar la certeza, puesto que el espíritu es omnisciente; mas,

a causa de nuestra impureza, rara vez nos habla la intuición o creemos tales, las sugestiones de nuestro interés o de nuestro deseo.

Aquel que verdaderamente anhele conocer, ha de asentarse sobre el *desprendimiento.* Si el odio, si el deseo, si el interés personal, de familia, de grupo, de secta, de casta, de raza, de nacionalidad, generan en mí el anhelo de que la verdad que busco se conforme con mi querer, entonces la verdad se alejará de mí. Más lejos estaré de la verdad, cuanto más cerca esté de *mí mismo;* más dentro de aquélla, cuanto más fuera y alejado de *mí. Desprenderse, renunciar,* es el camino de toda la verdad.

La mente es un muy diáfano cristal que de todo se empaña, y ya empañada, no ve, o deforma lo que ve. Así, para llegar a la certeza, he menester diafanizar mi cristal. La tristeza lo empaña; el odio lo oscurece; el interés, la pasión, el dolor, el cansancio, la embriaguez, lo nublan; el bullicio, el afán, la inquietud, el temor, la preocupación, todo aquello que nos encadena al *yo,* que nos circunscribe y nos limita, empaña el cristal de la mente, y nubla nuestra visión de lo real. *Serenidad* es la clave del *conocimiento;* serenidad, apacible alegría, en que el ánima se transfunde en el alma de todas las cosas, y no aspira sino a ver la luz... Cuando la mente alcanza esta plenitud, entonces el velo se descorre, la luz inunda el templo, y la Verdad desnuda, se ofrece a nuestros ojos, blanca y tersa como rosa de nieve que se abrió a las caricias del Sol.

¿QUIEN?

NOS traen el retrato de un ahogado. Un buzo, trabajando por ahí en componer una boya, o en otra cualquier faena durísima que le impusiera la tiranía de la vida, bajó hasta el fondo del mar y encontró el cadáver.

No tenía éste ningún peso, ni estaba detenido allí por nada. ¿Cómo no flotaba?, ¿cómo permanecía rígidamente acostado sobre aquel lecho desconocido y donde acaso pensó que nadie iría a perturbar su sueño?

¿Algún dolor muy grande, alguna mancha insoportable, algún tedio infinito pesaba sobre su corazón, y le retuvieron ahí, a todos escondido, libre ya de todos, menos de su propio pensamiento?

¿Por qué hado inexorable, ese buzo que buscaba su vida ejerciendo su triste oficio, fue a dar con él, y le trajo otra vez entre los vivos?

Los vivos... nada tenía que hacer con ellos. No le conocen ahora muerto, pues menos le conocieron cuando vivía.

No, nadie lo conoció; nadie supo adivinar en su semblante el dolor, la miseria, el hastío o el remordi-

miento; nadie adivinó en su sonrisa o en sus ojos, que había llegado el instante en que todo hombre necesita un hermano que le dé pan, luz o consuelo. Ah!, con qué ansia buscaría él a ese hermano... Pasaría entre la muchedumbre, espiando las sonrisas y las miradas; queriendo leer en los semblantes serenos o en las frentes adustas, cuál era el que sabía comprenderle y adivinarle... Pasarían a su lado centenares y millares de hombres, impenetrables, y él, tímido y acongojado, no pudo saber quién entre tantos, llevaba en el pecho un corazón...

¿Era de aquí o extranjero?

¿Se llevó consigo un amor o un crimen? ¿Tal vez sería un loco? No se sabe; le han expuesto en la Morgue, le han retratado, pero su imagen calla, lo mismo que su voz. Nada podemos hacer por él, ni pronunciar siquiera su ignorado nombre.

Dios había querido que fuera un semejante nuestro, un hermano; mas nosotros hemos arreglado la existencia de tal manera, que ya no hay lazo que nos ligue.

De ese hombre no sabemos sino que un buzo le trajo desde el fondo del mar, y que está aquí, otra vez, extraño, desconocido, olvidado, como antes de morir.

¿Entonces para qué murió?

Valparaíso, 1903.

(Del libro *Recortes*).

A UNA NIÑA QUE QUIERE SER POETA

SAMUELITO LILLO, poeta chileno, tenía una perlita de cinco años, María, dulce por su nombre, y por su alma. Una mañana le preguntamos Isaías Gamboa y yo, qué deseaba ser, y respondió: "Yo quiero ser poeta".

De estas palabras nació este cuentecito:

***

Los búcaros llegaban siempre con las primeras lluvias.

Búcaros son, María, unos grandes lirios rojos que brillan entre largas y oscuras hojas verdes. Son muy amigos de los colibríes, y el sol se cuida de pintarlos cada mañana, hasta dejarlos como flores de llamas.

Pues bien, apenas los búcaros abrían sus primeras flores, ya estaba ahí la arañita de patitas ligeras, a tender su red entre dos pétalos.

Uno a uno los hilos de oro salían de su cuerpecito; dejaba aquí un puente de luz, tendía más allá un arco sutil y tembloroso; enlazaba como una malla irisada los

movibles cables; trazaba festones circulares con rayitos de sol, y la red iba creciendo, creciendo, mientras la pobre tejedora se iba quedando muy delgada, hasta que desfallecida y casi moribunda dejábase caer al medio de la canastilla, donde figuraba una manchita negra sobre una rosa de oro.

Pues bien, amiguita, sucedía frecuentemente que apenas terminada la red, pasaban por ahí los carreteros, yendo a su trabajo, y de intención o de torpeza rompían la casita de la araña, tal vez antes de que la pobrecita hubiera cazado un mosquito.

Entonces la paciente hilandera recomenzaba su tarea. De su cuerpecito salían nuevos hilos, sutilísimos, casi; los últimos, tejidos por ventura con las propias fibras de su corazoncito.

¿Arañita —le pregunté una vez—, por qué no haces tu casa en otra parte? En un rincón del techo o encima del viejo armario de la cocina, prendes en un instante los hilos, y verás cómo llegan las moscas. Si quieres yo mismo te llevaré, y vivirás contenta.

La arañita no contestó. En ese momento un hilo dorado y luminoso corría tras de ella festoneando la red; los pétalos del búcaro llameaban al sol; la brisa que llegaba esparciendo rumores y fragancias meció levemente las flores, y la casita de la araña brilló con el incendio del arco-iris.

¿Ves? me dijo; por eso no me quiero ir. Porque allá en la cocina no hay luz, ni flores olorosas. Porque yo quiero vivir como poeta...

COLOQUIO DEL ENFERMO Y LA NUBE

(EL enfermo, callado e inmóvil, toma el sol, y se distrae contemplando el vaivén de las nubes).

Esta nubecita blanca, leve y grácil, que va y viene por el aire azul, como una plumilla desprendida de las alas del Sol, se detiene sobre mí, y me dice con todo el reproche:

—Van tres días que paso por aquí, a esta misma hora, y siempre le veo a usted ahí, echado en ese canapé, inmóvil, de cara al cielo, inerte como si fuera un haz de leña. ¿No le da vergüenza?

—Sí nubecita: me da vergüenza, envidia y tristeza. Pero no me reprendas; pregúntale a tu padre el viento quién fui yo, y te contará que no hubo cima de montaña a que mis pies no se atrevieran; que rara vez la Aurora se alzó sin que yo le viera despertarse; que el Mar me confió muchos secretos de sus riberas y de sus lejanías; que el Sol no se ocultaba sin que yo, de pie sobre las risueñas colinas, viera plegarse sus alas encendidas.

Dudo que con tus alas vayas tan lejos como yo

con mis pies, ni tan alto como alguna vez se alzó mi corazón.

—Sí. ¿Y por qué ahora no se mueve? ¿No ve que se va a enmohecer y a paralizar? ¿Por qué no viene conmigo?

—¿Y a dónde vas tú ahora, nubecita?

—Voy allá, donde se ve aquella montaña alta, allá en la más alta cresta de los Andes.

—¿Y a qué vas? ¿A pasear?

—¿A pasear? Vaya. ¿Usted cree que yo vivo de ociosa? ¿No ha visto que paso todos los días a esta misma hora? Hago un viaje redondo, desde el mar, desde bien adentro del mar, donde empapo en agua mis cabellos, hasta la cima de la montaña, donde los enjugo. Con el agua que llevo así, se alimentan unas florecitas silvestres, que sin eso se marchitarían; porque allá no hay ríos, sólo rocas y piedras desoladas.

—¿Y quién las sembró allá?

—Un pájaro dejó caer la semilla en el hueco de una gran piedra; luego llevó la Brisa un poquito de tierra, y yo he cogido el cargo de regarlas. Pero sepa usted que es un viaje penoso; es cosa de volar cada día nueve o diez horas.

—¿Y a qué horas piensas que llegarás?

—Este día tengo que forzar el vuelo; he de llegar a las cinco y media de la tarde, en punto; regar mis flores y luego vestirme de fiesta.

—¿Con que vas de fiesta, nubecita? ¿Y se puede saber?...

—Sí, señor. El Sol nos tiene invitadas a varias amigas, para una exhibición de celajes. Ha de ser algo

muy lindo. Al final, ha ofrecido coronarnos con una guirnalda de flores de luz, de las que más le agraden a cada una.

—¿Y cuáles vas a elegir tú?

—Pues no sé todavía. ¿Qué le parece? ¿Me irán mejor unas rosas de oro, unas violetas de amatista, o unos cardos de zafiro?

—Para tu veste blanca y tu frente de nieve y tus cabellos de oro, gentil nubecita, yo escogería unos cardos celestes...

—¿Verdad? Creo que me vendrán muy bien; lástima que no venga usted y me viera. Con sólo subir a esas colinas próximas, en el arranque de la montaña, vería usted la fiesta. Le encantaría de seguro...

—Sí, y más que todo, verte a ti, con tu guirnalda celeste... pero... no puedo andar y además, tengo que hacer aquí un trabajo que nadie sino yo lo ha de hacer.

—¿Usted?

—Yo, nubecita.

—Sí, estarse ahí echado, como si fuera un haz de leña o un muñeco de paja. El oficio de todos los días...

—Precisamente.

—¿Y a eso llama trabajar? ¿No le da vergüenza?

—Es que mi trabajo no requiere movimiento ninguno.

—¿Pues qué?

—Paciencia.

—Paciencia. ¿Qué cosa es?...

—Es lo que sirve para sufrir: es una forma de valor.

—No conozco. . .

—Oye, nubecita: ¿nunca te ha sorprendido una tempestad y te ha estrellado contra la cima de un monte, desgarrándote en las aristas de una roca?

—¡Oh, sí! ¡Y era tan terrible, terrible!

—¿Y qué hiciste entonces?

—¿Qué había de hacer? Gritar, llorar de dolor y de miedo. Daba cada grito que se oía por la montaña.

—Pues bien, yo también fui sorprendido por una tempestad y todas mis carnes han sido desgarradas y mis huesos quebrantados. . . y si me quejara, se oirían mis gritos más allá de la montaña y del mar. . . Pero no me quejo. . .

—¿Pues qué hace?

—Sufrir, callar y sonreír.

—¿Y espera curarse no quejándose?

—Espero, sí.

EN COATEPEQUE

UN pequeño mar esta laguna. Cambiante, agitada, coloreada y sonora como el mar. Coloración maravillosa y múltiple. Oleadas y encrespamientos, espumas y oleosidades, como en un auténtico mar. Azules profundos, verdes cristalinos, sepias indecisos, violetas encendidos en oro y oros diluidos en topacios y esmeraldas. El volcán rivaliza con el agua en tonos y caprichos; como harían un arpa y un piano que tañera la misma inspirada mano de un artista. Aquí el artista es el divino Sol.

Esta laguna es el antiguo cráter. Hace veinte mil años, aquí en el muelle, era un hervor de piedra y lava y el suspiro de las ondas de hoy, era un mugido horrísono del monstruo subterráneo. Después la hoguera se apagó lentamente; la chimenea se fue llenando de piedra y escoria desmenuzadas, hasta quedar vacía y muda la fosa inmensa, tazón sediento de las aguas del cielo. . .

Un día, pasados diez mil años, será verde sabana, rezumando humedad, felpada de verdes y jugosas hierbas, donde las vacas pacerán y colmarán sus anchas

ubres. Y donde ahora se exfolia y suspira la onda, se oirá el balido apacible de un ternerito reclamando su madre.

***

Una pasajera viene con una niñita de seis meses, ahogándose de tos ferina. La madre la asiste sin descanso, hace un mes. Un acceso cada media hora, día y noche. ¿Quién morirá primero de las dos? ¿Y *por qué* sufre esta niña? ¿Y *por qué* la madre la ama así desesperadamente?...

***

De camino, viniendo, casi matamos a un hombre. Como el gusto del que viaja en auto es ir de prisa, a toda velocidad y el afán del dueño del auto es ganar dinero de prisa, a toda velocidad, ya en nada se repara. Iban el mismo rumbo varias carretas: una, cargada con largas vigas y aunque el carretero la desvió cuanto pudo, un gran cofre adosado el auto dio contra una de las vigas. Esta, impulsada hacia adelante, desarmó la carreta en su parte superior. La viga golpeó a un buey. El buey, espantado, derribó al carretero. El hombre cayó debajo del carro, rodando por el suelo y ya no se vio sino un torbellino de polvo. Detenido el auto a medio centenar de metros, vi cómo el carretero salía trabajosamente. Muy golpeado sin duda. Era un mozo alto, esbelto, cenceño. ¿Qué pensaría? ¿Qué hiciera, de tenernos cerca, al alcance de su largo machete?...

***

Dios ha otorgado el sueño a los humildes.

Y además, el canto, el canto —el verdadero canto, que es para *uno mismo* y no para los otros; que sale de uno, como sale la tela de la araña, de sus propias entrañas. Un canto que a veces no tiene sentido sino para el que lo emite, y para algún oyente que ha sabido lo que es, *verdaderamente*, reír, llorar y creer.

Así canta la Tomasilla, y esa otra muchacha, niñera de un chiquitín quejumbroso y enclenque. Apenas en los dieciocho años, la Tomasina tiene ya un niño, y no se comprende cómo el tal pudo surgir de un cuerpecillo tan menudo. Esta muchacha es *hija de casa*, es decir, bestezuela de carga, afanada desde las cinco de la mañana hasta las nueve o diez de la noche; descalza, en harapos, desnutrida, sorda por fuerza a los lloros del niño, que la reclaman todo el día, pasando a veces diez horas en el agua, lavando, sumergida hasta los muslos, preparando ya su reumatismo...

Huraña, esquiva y muda ante las gentes, se abisma en el canto apenas queda sola. Nunca oí cantar tan ingenuamente, tan absorta y ensimismadamente. ¿Es canto? ¿Es llanto?

¿Qué canta? Todo, cualquier cosa, con acento y ritmos cambiantes y caprichosos como los colores de la montaña y los reflejos de la onda. (La onda, en este momento, acaricia las piernas de la Tomasilla, y la montaña, atenta, la escucha cantar).

***

Conciertos de los pájaros, todas las mañanas, en la terraza del hotel: cuatro chiltotas (llamas inquietas que exhalan canto y luz), dos cenzontles, un coro de

calandrias, un *Dichoso fui,* un clarinero resonante, y a lo lejos, dos auroras y alguna perdiz solitaria de indeciso gemir.

La terraza se halla sombreada de nogales, moras, un conacaste blanco de hojillas cabrilleantes, erguido y alto; ceñido el tronco por dos gruesas parásitas. Además, cuatro naranjos rebosantes de frutas, que en las noches pálidas semejan enjambres de globos de oro, surgiendo de nubes verdinegras.

* * *

Llega una familia de Santa Ana. Parvada de muchachas canoras, reidoras, danzarinas; pajarillos gorjeando al amparo de las mamás, que se recrean viéndolas y oyéndolas. Se desatan el fox-trot y el tango, las canciones a dúo, salpicadas de palmoteos, las bromas y las risas y los coros.

Mientras las señoras hablan conmigo, de libros; me cuentan de sus autores —¿Cuáles prefieren ustedes?, digo yo —Pedro Mata... Guido da Verona...

Yo, avergonzado de mi ignorancia y de mi gazmoñería, confieso que no conozco a Pedro Mata, y que sólo he leído de Guido da Verona un libro, uno solo: *La vida comienza mañana,* y que los personajes los hallé falsos, y las escenas, arrastradas de los cabellos; pero sí me encantó la riqueza pictórica del autor, su maravillosa paleta de paisajista. Recordé aquella escena de la camelia que cae, deshojándose, una noche de luna...

Es todo lo que he leído de ese cochino autor.

* * *

ESPUMAS EN LA ONDA

TODOS los dolores, dice Budha, nos vienen de los otros. Así, no pidas nada a los demás; no esperes nada de ellos; si es posible, no recibas nada de ellos.

¿Por qué, en vez de ser un satélite, que sólo brilla de la luz que le prestan, no has de ser una estrella, una estrella no, pero sí una luciérnaga, que vive de su propia luz?

* * *

¡Qué sencillo es el pájaro!... De cualquier cosa vive... en cualquiera ramita se posa... con un rayo de sol se calienta y bajo una hojita encuentra sombra...

¡Por eso es tan libre! Por eso puede entregarse a toda hora a jugar y a cantar.

Y por eso, también, es tan valeroso y alegre...

Enojarse, enfurecerse, denigrar, escarnecer... ¡qué fácil... y qué tonto, y qué vulgar!

Millones de gentes lo practican sin esfuerzo. Pero

¿vale la pena de haber sufrido, de haber vivido, para acabar en eso?

***

El triunfo nace de la fuerza. La fuerza nace de la voluntad. La voluntad nace de la aspiración.

Fuerza que se manifiesta, es la vida. Fuerza que culmina y se ilumina, son el canto y la flor. Fuerza que se ilumina y santifica, son el fruto y el sacrificio.

Para que la fuerza abra todas sus alas en el hombre, ha de realizarse como salud, comprensión y voluntad y ha de sostenerse por el valor, la concentración, la perseverancia, la disciplina, la sencillez, la destreza y el ritmo.

¡Callar! ¡Callar! ¡Callar!... Qué secreto maravilloso... qué fuerza tan grande, en esa sencilla actitud...

***

He confirmado, a costa de mi propio dolor, esta sencilla verdad que todos saben y que todos olvidan: *que nadie da lo que no tiene.* Pero yo añadiré que nadie da sino su espuma, aquello que de tanto abundarle se le volvió fervor y rebosamiento.

Así es toda lección, *si es lección*: desde la que trasmite un humilde maestro de escuela en la más ignorada de las aldeas, hasta la que dio Jesús en el Sermón de la Montaña.

Dar lo que se tiene, decir *lo que se es.* Manifestar como palabra, lo que en uno es cántico y fragancia...

***

No inquieras, no escudriñes. Haz sencillamente, como el sol: calienta y alumbra. Así, mientras vivas, no aumentarás la fealdad y la tristeza de la vida y cuando te vayas, te llevarás contigo tu luz y tu calor.

¿Pues qué hemos de llevarnos si no es aquello de que nos hayamos desprendido?

¡Felicidad! Criadero de confusiones, de bajezas y de aberraciones. Sólo el infierno sabe de lo que son capaces los hombres *por tal de ser felices*... Si lo alcanzaran, siquiera... Pero sólo es asequible, salvo que fueras ángel, a los estúpidos y a los perversos.

Para quien haya trascendido los planos de la bestialidad y del egoísmo, la palabra *felicidad* debe ser olvidada y sustituida por esta otra, real, humana y divina: *¡paz!*

***

El hombre fue hecho así: una golondrina, un escorpión, nubes, lluvia, salidas y puestas de sol, sequías y humedades, fulgores de estrella y lívidos relámpagos, hojas verdes y hojas resecas, retoños y guijarros, gritos de renacuajos y bandas de pájaros cantores, agua estancada y agua rumoreante, viento y cieno, peste y fragancias, valles desolados y cimas de montaña, desfiladeros y horizontes...

Así fue hecho y *de eso se alimenta*... Y además, adentro de ese torbellino, un pobre colibrí, atado, comprimido... imaginándose que a la mañana próxima, al sólo amanecer, apenas salga el Sol, emprenderá su viaje hacia el Rosal...

VISLUMBRE

QUE un hombre sólo manifieste las ideas que ha meditado larga y hondamente, no es lo mejor, acaso.

Entre las mil figuraciones, pensamientos, ensueños, fantasías y aun delirios que pasan por nuestra mente como celajes en un atardecer, o como relámpagos en una verdad cuya trascendencia no sospechamos, y que dejamos pasar, porque, orgullosos, no confiamos sino en lo que nuestra reflexión ha confirmado.

¿Quién sabe de dónde viene la luz ni adónde va? ¿Quién sabe de dónde surgen y adónde se encaminan los inesperados pensamientos del hombre?

¿La instantánea fosforescencia de la luciérnaga, no es, quizá, de la misma naturaleza que el fulgor de la estrella?

DICHA

ARRIBA, manchando el purísimo azul, va y viene un zopilote, ciego a la belleza del cielo, a la esplendidez del horizonte, a la profunda serenidad que le rodea, al ondeante y gracioso vuelo de las nubes, a la pureza de la luz y al fulgente brillo del sol que infunde la fuerza y la dicha en los seres y en las cosas.

El está allá, sin esfuerzo, sin advertirlo apenas, allá donde todos los anhelos inextinguibles no nos han podido llevar sino en sueños; allá donde nosotros enviamos no más nuestros suspiros... únicas alas que pueden sostenernos...

Y desde allá, mecido por el aire sin mancha, como si los ángeles y los dioses le llevaran sobre sus alas; desde aquella serenidad, desde aquella hermosura, desde aquella transparencia... él inquiere con ansiosos y devorantes ojos... en qué rincón negro y hediondo de este mísero suelo habrá un jirón de carne pudriéndose, y en el cual encontrará su dicha.

Para leer nosotros, hemos traído Pitágoras, Papini, Vasconcelos, Vivekananda; además, un libro sobre Budha... un horror! Por suerte, venían también lápices de colores, papel de acuarela, y una tablita... y los libros pavorosos se fueron al fondo del baúl, y yo me entregué a estudiar luces y formas... y las horas volaron, y el tiempo desapareció, gracias a Dios...

Pero luego, tímidamente, resurgió Papini, y día tras día, un rato, una hora fugaz, hemos leído y conversado de *Nuestro Señor,* de Jesús adorable e inaccesible, y *por eso* adorable. Todo El divino y humano: hombre y dios; *Cristo,* es decir, hombre divinizado, carbón hecho diamante, arcilla transformada en iris.

Comentamos: ¿Fue así? ¿Quiso decir esto o aquello? ¿Fue comprendido? ¿Será alguna vez comprendido? Y llegamos al corazón de la doctrina, al *Amor.* Tal es la clave: *amad a los enemigos.*

Amar lo que es odioso, lo que es feo, lo que es despreciable, lo que es repugnante; amar al hombre, la más hedionda criatura surgida del hedor de la vida... ¿Y cómo? Pues así, amándole... ¿Y por qué? Para que se redima... O para que nos haga la ilusión de haberse redimido.

Esta magia profunda es la que sabe y practica la madre, para que el hijo feo, grotesco, repulsivo, se le aparezca como un ángel.

Y esto es lo que practica la luz con esta montaña, donde en ciertos momentos las hondonadas tristes y oscuras, los yermos, los pedruscos, brillan como un reventar de pedrerías, como un entreabrirse de violetas o de alelíes, como un esponjamiento de claveles y de jazmines...

¡Inaccesible, inaccesible! Y, ved ahí, por eso mismo adorable, seductor, fascinador.

* * *

Cada uno su pena. La hostelera sufre de insomnio, a causa de que la hija única se le casó y se fue, hace ya casi un año. Desde entonces no duerme, y, por supuesto, cualquiera enfermedad le asalta. Cuando tiene un ratito libre, se divierte llorando.

* * *

¿Cómo son las cosas? ¡En un mismo día las he visto aquí, de veinte maneras diferentes, según la intensidad y la dirección de *la luz!* Son verdaderas *revelaciones:* donde se veía un tajo, hay una planicie; lo que era un hueco en el tronco de un árbol —visto en la tarde— es, por la mañana, un panal; lo que parecía un yermo amarillento, es un sembrado de trigo, aureolado al sol de la mañana. Todo depende de *la luz.* ¿No es lo mismo para las cosas del espíritu? ¿Y no podría uno, antes de contemplar toda cosa, *escoger y enfocar* la luz?

* * *

Patitos de agua... ¡Qué fácilmente nadan! Qué placenteramente van y vienen, y se sumergen, y reaparecen, tras de coger la presa. como si todo fuera juego...

Trabajo amable del que trabaja en su medio propio,

¡en lo que sabe y en lo que ama!... ya no es maldición sino deleite.

* * *

¡Valor de la cosa que se pierde! Nunca sentí como hoy, día de la partida (1º de marzo), el agua tan ligera, el aire tan acariciador e insinuante, la luz tan reveladora y profunda, las formas tan bellas, tan múltiples, tan expresivas. Todo habla, todo confía su secreto, todo se empeña en ser comprendido. Parece que en el instante de dejarlas, las cosas nos dicen: ¡acuérdate! hemos estado juntos unas horas, y no te hicimos mal. Y si pudieras leer en nosotras, ¡cuánto bien te habríamos causado! No importa, algo te llevas nuestro, que no se perderá...

Lago de Coatepeque, febrero de 1924.

MEDIO DIA

NUBES... vagarosas nubes errando sobre mi cabeza... Cantos de pájaros invisibles que parecen la voz misma de las ramas y de las hojas... susurros de los insectos que se arrastran bajo la hierba... gritos lejanos de niños que recorren los senderos solitarios... toque de la campana soñolienta que anuncia el medio día... quejumbrosos balidos de los terneritos que llaman a las tardías vacas... rondas de los gavilanes acechando su presa desde las altas nubes...

Y el Sol, rutilante, en la mitad del cielo, encendiendo en todas las cosas la llama de la vida...

¡El Sol!...

¿Por qué no adorarle? ¿Qué mejor imagen del supremo y vivificante poder que rige los mundos?

CRITERIO HISTORICO

EN la historia, cuando se trata de personajes heroicos, lo más importante no es lo que sucedió, sino lo que debería haber sucedido, según los anhelos del espectador. La realidad mayor y mejor será, entonces, la que deje más satisfecho el corazón.

MATAR

LO más amargo de la vida, lo que hace más innoble el vivir, es la necesidad de matar. Matamos, destruimos vidas incesantemente, sabiendo que, lo mismo que nosotros, con tan fuerte anhelo como nosotros, todos los animales desean vivir...

LA CANCION DEL PAJARO

NO es solamente *su* canción, sino también la mía. El aire que él hace vibrar con sus cuerdas vocales, con su garganta, es *el mismo* que yo estoy respirando: es *mi* aire.

Así, el pájaro canta por él y por mí. El da forma a *nuestra* canción. En cambio, yo *pienso* por mí y por él, pues lo que yo imagino o siento y escribo, es lo *mismo* que él canta. El punto de convergencia en esta canción, está en que los dos la escuchamos.

En esta confraternidad caben el torrente, la flor y el viento y también el árbol, y también la montaña y el desierto y el mar. Es la *misma* canción, que dice cada uno a su manera, con susurros, aromas, palabras o silencio.

NUEVAS PATRIAS

PARA qué sirven una, dos, tres naciones más, o muchas, organizadas según el molde civilizado, explotadoras, asesinas, prostitutas, morfinómanas, pauperistas, militaristas, suicidas, rapaces y mentirosas?

¿Qué gracia, qué mérito puede encontrar un hombre, si no fuese perverso e insensato, en fundar una nueva familia, si ésta ha de ser tuberculosa, sifilítica, alienada o alcohólica? ¿No pensará y sentirá que el fundar y sostener tal familia es una desgracia, una vergüenza?

No así para el hombre que está cierto de casarse con una mujer honesta; de ser él mismo un hombre sano y honesto, de que sus hijos, entonces, resultarán normales, sanos y honestos.

Pues así deberían pensar y sentir los hombres que se empeñan en fundar nuevas patrias. Deberían pensar que *una patria más, civilizada,* es decir, carcomida por la explotación, la usura, la miseria, el militarismo, la prostitución, el alcoholismo, el morfinismo, la ignorancia y demás plagas y pestes de la civilización, no sólo no sería una patria digna de crearse y amarse, sino que sería una desgracia más, una vergüenza más.

EL MAYOR DESCUBRIMIENTO

WILLIAM JAMES descubrió que en cada criatura humana hay una excelencia.

Esto será, creo, el mayor descubrimiento del Siglo Vigésimo. Si el mundo puede redimirse, le vendrá de ahí. ¿No somos, acaso, todos hijos del Padre? Entonces, cada uno de nosotros es un rayo de sol.

POEMAS ESCOGIDOS

EL CANTAR DE UN MARINERO

(ROMANCE POPULAR)

Cuando ya el instante
llegó de partir
adiós, sollozando,
me vino a decir.

"Que no nos olvide,
que sea feliz...
y que algunas veces...
vuelva por aquí..."
De nuevo en sollozos
volvió a prorrumpir...
mientras yo, gimiendo,
pensaba entre mí:
¡Qué valor tan grande
requiere vivir!...

No estreché su mano,
ni un beso le di;
adiós no le dije,
ni el rostro volví...
Lenta, lentamente
me alejé de ahí,

y cuando en la barca
me encontré por fin
y en las turbias ondas
los remos hundí,
entonces, ¡ya solo!
¿por qué no morir?
dejé que mis lágrimas
corrieran sin fin:
mientras sollozando
pensaba entre mí:
¡Qué valor, Dios Santo,
requiere vivir!

***

Vida marinera
dura es de sufrir:
Tormentas, naufragios,
todo conocí;
sé lo que es el frío,
hambres padecí,
cadenas y encierros
y golpes, y mil
penas y quebrantos
que no tiene fin.
Vi al fuego mi barca
voraz consumir;
la playa desierta,
el escollo vil,
la niebla traidora,
y la suerte ruin
del que, por un mástil
que lograra asir

no se ahogó... y ahora,
de sed va a morir!...

Todo eso lo he visto
o lo padecí,
y ya muchas veces
su mueca de splin,
insinuó la Muerte
muy cerca de mí.
Mas cuando me viera
tocando a mi fin,
y el pavor sintiera
del que va a morir,
una voz doliente
me vino a decir:
Morir no es lo triste:
lo triste es vivir...

***

He corrido el mundo
de uno a otro confín;
pero a aquella tierra,
ya nunca volví.
¿A qué volvería,
si aunque ella esté ahí,
sus besos ya nunca
serán para mí?...

***

Aquella mañana,
cuando iba a partir,

me dijo: ¿Me juras
que habrás de vivir?
Mis dedos, cruzándose,
contestaron ¡sí!...
Puesto que la nombro,
mi voto cumplí;
mas al recordarla,
suspiro entre mí:
"¡Qué valor tuviste
para no morir!..."

Cuando por la tarde
de aquel día vi
hundirse en las aguas
la playa feliz
donde en otro tiempo,
de tu amor viví,
a mis pobres lágrimas
las puertas abrí...
corrieron, corrieron
sin tregua ni fin!
por días y días
corrieron así;
hasta que la última,
yéndose de mí,
me dejó sereno...
¡acaso feliz!...

Desde entonces, nunca
a llorar volví:
se me acabó el llanto,
y ahora vivo... así...
tranquilo, sereno,
¡acaso feliz!...

Mas a veces, siento
que algo tengo aquí,
que sangra, y solloza
diciendo entre mí:
¡Qué valor, Dios mío,
requiere vivir!...

Agosto, 1925.

CONFESION INTIMA

Por más que lea, escriba o hable,
yo sé que al fin he de morir
sin que a ninguno a ver alcance
si soy de arcilla o de zafir.

En el secreto impenetrable
de mi inviolado corazón,
nadie leyó... ninguno sabe
si soy diamante o soy carbón...

Acaso alguno, iluminado
con la evidencia del amor,
llegue a entrever el inefable
misterio que hay en mi dolor...

Ese verá, que fue la clave
de mi enigmático vivir,
todo reptil cambiarlo en ave:
todo guijarro, en un zafir.

Ese verá, que así me encharque
en el más negro lodazal,
siempre ese lodo se deshace
y se transforma en un cristal.

***

Nadie en la vida —ni aun la madre—,
nos llega nunca a contemplar
en el secreto inexpresable
de nuestra íntima verdad.

Y es porque nadie se desprende
para internarse en nuestro yo,
de su interés ni de su orgullo,
de su amistad ni su rencor...

Cada uno quiere que a su imagen
se desenvuelva mi existir;
cada uno quiere ser la llave
de nuestra torre de marfil...

Por eso, lea, escriba o hable,
yo sé que al fin he de morir,
sin que ninguno a ver alcance
si soy de arcilla o de zafir...

***

Mas llega el día en que la clave
del inviolable corazón,
muestra quién fue reptil o ave,
quién fue diamante o fue carbón.

Cuando mi vida ya se acabe
y me desclaven de mi cruz
(—Sereno y suave como un ave
iré volando hacia la luz—),

Cuando no pueda ya mancharme,
y quede en mí sólo el cristal...
cuando a fingir ni a doblegarme
me fuercen ya ni el bien ni el mal...

Alguno habrá que a leer alcance
en mi inviolado corazón;
que fui reptil con alas de ave,
que fui diamante y fui carbón;

Pero que siempre el insaciable
afán de todo mi existir,
fue remontarme como un ave,
y relucir como un zafir...

Y en la balanza inexorable
en que pondrá mi corazón,
más gravedad tendrá el plumaje
que las escamas y el carbón.

Marzo 23 de 1925.

OCASO

Ya se nos va la vida, Josefina:
A poco más, el sol se ocultará,
Y dónde está la flor, dónde la espina,
Nuestro incierto mirar ya no sabrá.

Nublado el ojo, débil el oído,
El paso vacilante; el corazón,
Ya sin aquel magnánimo latido
Con que marcaba el ritmo del amor...

Confusa la memoria; la esperanza
Con las alas caídas... y la fe
Como un fanal que anuncia la bonanza,
Pero que casi, casi no se ve...

Así estamos, amiga, así la ola
–La marejada del vivir–, así
Nos deja en esta playa triste y sola,
Donde una soñolienta barcarola
Dice: "morir, dormir, morir, dormir..."

Que mañana, tal vez? Para nosotros
Esa palabra nada dice ya;
La mañana es la aurora... Es para otros...
Para nosotros,
Sólo queda el ayer... el hoy quizá...

La mañana es la alondra, es la alborada;
Es el tallo que se alza; es el botón
En que duerme la rosa; es la sagrada
Hora de la esperanza y la emoción.

Es el cabello undoso, que se riza
El solo; es el rubor, el rosicler
En las mejillas tersas; es la risa
Fácil: fácil el llanto y el placer.

No; ya para nosotros sólo queda
El hoy con su tristeza; y con su luz,
Aquel ayer que en otro tiempo fuera
De un mañana feliz, ensueño azul...

***

Trae la urna bendita en que suspiran
Nuestros dulces recuerdos; en que están
Esperando una voz, una caricia,
Los que en tu pecho hubieran un altar.

Vivamos de recuerdos, de añoranza,
De haber sido felices... o de haber

Tejido el sueño de una venturanza,
Que nunca fue... pero que pudo ser!...
Cerremos el oído a la quimera
De un dichoso y tardío porvenir,
Y estémonos en paz, en la ribera
Donde una voz que es dulce aunque es austera.
Dice: morir, dormir, morir, dormir!...

13 de junio de 1925.

NOSOTROS

Nosotros, andemos
por este camino que iniciado habemos.
La senda es estrecha,
y a veces el alma se siente deshecha,
pensando en la ruda contienda
en que ha de empeñarse quien va por la senda.
Punzantes espinas
desgarran las carnes; escombros y ruinas
nublan y entristecen todo el horizonte,
y un árido monte
que esfuman las brumas en la lontananza,
nos dice ¡aquí muere tu vana esperanza!;
aquí, tras el loco afán del sendero. . .!
"Estrecha es la puerta y angosto el camino",
y andarlo, parece terrible destino. . .
Quien tema, no entre. . .
Nosotros, andemos
por este sendero que iniciado habemos.

Callado y pequeño
—nuestro ideal, no exige ningún instructor—;

que es todo el empeño,
tornarse cada uno en nube o en flor.
El oro dejamos,
y el poder y el odio, para los demás;
Nosotros, amamos...
Nosotros, soñamos...
Nosotros, buscamos silenciosamente la luz y la paz.

No fama de sabios,
ni aureola de santos, ansiamos lucir:
palabras sencillas dicen nuestros labios;
acciones sencillas son nuestro vivir.

Del pozo insondable en que busca el hombre
una complicada y estéril verdad,
hemos extraído este humilde nombre
fácil, claro y suave, que dice ¡Piedad!

Piedad es la clave:
para el vuelo raudo y gozoso del ave,
para el tardo y triste rastrear del reptil;
para el horizonte de luz de la nave,
y para la asfixia negra del cubil.
Para la palmera grácil y altanera
que exfolia sus hojas al beso del sol;
para la ignorada y rastrera
malva que del suelo nunca se elevó...
Para el agua límpida, que fluye, sonriendo,
y va, libre y diáfana camino del mar;
para el agua oscura que se está muriendo
represa en la charca de algún cenegal.
Para aquella bella rosa esplendorosa
que al pasar, su efluvio divino me envió,

y para la zarza dolosa,
que mis fatigados miembros desgarró.
Para las tinieblas,
para el alba, nuncio triunfal de la luz,
para el sofocante vaho de las nieblas,
para el hondo hálito del inmenso azul...

Piedad es la llave
de esta misteriosa cárcel del Dolor;
piedad es la nave,
en que va, confiado, nuestro corazón,
en pos de un sencillo ideal,
que de nuestra vida puede hacer un canto;
y es que por nosotros, ni sangre ni llanto
se viertan del hombre ni del animal.
Cumplan su destino,
sufriendo por otros, por nosotros no;
de nosotros, hayan el pan y el vino
en una piadosa, cordial comunión.

Callado y pequeño
—nuestro ideal no exige ningún instructor—;
sólo es nuestro sueño,
tornarse cada uno en nube o en flor.

La flor da fragancia, la nube da sombra.
Nosotros, piedad;
humilde palabra, ni atrae ni asombra,
mas para nosotros, ella es la Verdad,
por ella sigamos en la estrecha senda,
sin miedo a la ruda contienda
ni a la esponja henchida de vinagre y hiel,

¿Quién sabe, si al término del triste sendero,
en vez de los clavos, la hiel y el madero,
hallemos panales henchidos de miel
en un misterioso vergel...?

15 de Septiembre, 1925.

ANIVERSARIO

23 de agosto, 1925

Somos el aire y el pabilo,
Y ya treinta años son cumplidos
Que nos venimos consumiendo;
Mas de nuestro largo suplicio
Siempre una llama fue saliendo.

Somos el aire y el pabilo,
Y a veces ardemos mal:
Porque se ha destorcido el hilo,
O porque el soplo es desigual.

El aire, a veces, vagabundo,
No se adivina a dónde va;
O el pabilo está inracundo,
Y comienza a chisporrotear.

Y aunque siempre ardiendo vamos,
y a veces con gran dolor,
A cada día que pasamos
Nuestro fanal se hace mayor.

¿Qué importa que el fuego nos queme,
Y nos abrase el corazón
Si por cada pena que viene
Nuestra luz se torna mejor?

Somos el aire y el pabilo;
Poco nos falta ya que arder...
Cuando la muerte corte el hilo,
Nunca más se habrá de encender...

O si es el aire el que se aleje
—Impelido del vendaval—,
Aunque el pabilo ardiendo quede,
Será su luz muy desigual.

Y pues ya luego nuestro aceite
Se acabará de consumir
—(Y cualquier soplo algo más fuerte
Nuestra llama puede extinguir)—.

Nuestro vivir se haga tranquilo,
Y más liviana nuestra cruz;
Arda más humilde el pabilo,
Y el aire imprégnese de luz.

Y así, cuando a juicio lleguemos,
Y nos pregunten: ¿quiénes son?
Sin inquietud responderemos:
—Unos que hicieron su misión.

Fuimos el aire y el pabilo,
Y mucho ardimos contendiendo;

Mas de aquel arder intranquilo
Siempre una llama fue saliendo...

Y de aquel pabilo iracundo
Y aquel aire vago o infiel,
Alguna luz quedó en el mundo;
Alguna miel dejó su hiel...

***

Y Dios, que a todo el que es ingenuo
Perdona y cura con su amor,
Nos dará reposo en su seno,
Junto a su propio corazón...

VITA NOVA

¡Vida nueva! La única digna de ser vivida.
Puesto que renovarse es ley de toda vida,
que un nuevo pensamiento y una nueva emoción
acentúen el ritmo de nuestro corazón.

Y que la vieja costra de miseria y dolor,
se funda al dulce soplo de un nuevo y puro amor:
un amor que nos haga ver más hondo, y sentir
que ser puro, es el máximo secreto de vivir...

RIMAS

Ha muerto un hombre, y quieren que yo vaya
con él al cementerio...
Cuando murió la fe, luz de mi alma,
nadie asistió al entierro.

Dejan los que abandonan esta vida,
su huella en el panteón;
y en su tumba, hecha altar, manos amigas
colocan una flor...

Yo he muerto hace ya tiempo... A mi sepulcro
nadie viene a llorar.
Y es porque nadie sabe que mi tumba
dentro de mi pecho está...

LA CANCION QUE NUNCA OIRE

Para *Elisita Brizuela*

Me estás debiendo una canción, Elisa:
Una canción que nunca he de escuchar
Pues ya mi corazón será ceniza,
Cuando comprendas tú lo que es cantar.

Veinte años más has de vivir, criatura,
Para que el tiempo llegue en ti a forjar
La sutil y enigmática estructura
Que cristaliza un alma en un cantar;

El arpa en que dolor, duda y tristeza,
Amor y desengaño e ilusión,
Son las notas divinas con que expresa
Su orfandad un doliente corazón.

Sólo quien sangra canta, niña; sólo
Aquel que mientras gime está sonriendo;
Y que én la cruz de la traición y el dolo,
De quien le hiere más, se está doliendo!

Aquel que está sediento, y no maldice
A quien le da mortífero licor;

Y a quien más le escarnece más bendice,
Y cada espina torna en una flor.

Niña, en toda canción, si es verdadera,
Habla una herida que ninguno ve,
Y es más dulce, más plácida y ligera,
Cuanto más honda y cruel la herida fue.

La ira que ruge y el dolor que estalla,
No llegan nunca a florecer, Elisa,
En un cantar... Es el dolor que calla
El que en una canción se cristaliza.

No basta la garganta, ni del pecho
La fina vibración, para cantar:...
Se necesita un corazón deshecho,
Que melodice... para no llorar!

Pensando en la canción de tu promesa,
Inquieta mi alma cavilando está,
Cómo serán tu amor y tu tristeza
Cuando ese voto puedas cumplir ya.

Y viendo lo que fue mi propia vida,
Me estremezco al pensar en esa flor
Que teñirá sus hojas en la herida
De una fe muerta o de un marchito amor.

Y quizá sufro más que si la oyera
—Tal en mi corazón vibran sus notas—
La melodía plácida y ligera
De flores deshojadas y alas rotas.

Y así has cumplido tu promesa, Elisa,
Haciéndole soñar y suspirar,
A este mi corazón hecho ceniza
Con tu canción que nunca he de escuchar.

Enero, 1928.

ME LLAMARIA JUAN

A la memoria del peón Juan Mejía
que mucho me quiso y me sirvió

I

Como llega tan lento el nuevo día,
En esta noche de inquietud y afán
Me di a pensar en lo que yo sería
Si mi anhelo pudiera realizar...

En lo que yo sería, si pudiera
El doliente camino desandar,
Y en vez de un soñador mísero y triste
Fuera un hombre de recia voluntad.

***

De pies desnudos y callosas manos,
Con mi ruda labor ganara el pan:
Risa fácil, y sueño largo y hondo,
Salud y alegría me darán.

La voz humilde, la mirada franca,
Sereno el ademán, parco el hablar,

Viviera libre bajo el ancho cielo,
Ingenuo y libre... ¡y me llamara Juan!

Tras de la siesta —al aire y en el suelo—,
Después de un esforzado trabajar,
Miraría las nubes, cuando vagan
A través de la azul inmensidad.

Miraría soñando, y como todo
Lo que es Saber había de ignorar,
Cada jirón de nube se me haría
Un castillo, una barca, un lago, un mar...

Por la noche consejas y canciones,
Y a través del follaje, contemplar
La Vía-Láctea, el argentado río
¡En qué áureas flores titilando van!...

***

Canciones montañeras... que se duda
Si son alegres o si tristes son;
Que salen de tan hondo, de tan hondo,
Que vibra en ellas el corazón...

Llora la guitarrilla; la guitarra
Gime después... meloso, el acordeón
Un vals preludia... croa un tecolote...
Bate sus negras alas el Horror...

Duendes, brujas, fantasmas, herbolarias...
La fantasía desgranando va

El rosario de lívidas quimeras,
Hijas del miedo y de la soledad...

***

Después, dormir... ¡Tranquilo y hondo sueño
Del cansado labriego, que a turbar
No alcanza ningún ruido... que ansiedades
Ni pesadillas a turbar vendrán!

Sueño del tronco, sueño de la piedra,
Sueño del buey, sueño del peón!
Sueño de los que sudan trabajando,
y que inocentes y humildes son...

Así yo dormiría... ¡dormiría!...
—Unico anhelo que me resta ya...
Dormir con sueño tan sereno y hondo,
Como si ya no fuera a despertar!...

Así yo dormiría... y con el alba,
Oh, Padre Nuestro que en el cielo estás,
Te daría las gracias, y me iría
A ver el sol y luego a trabajar.

II

Llama la molendera: —¡Sus tortillas
Y su café, ñor Juan!
Me llamo Juan,

¿Juan qué? No sé... Juan Pérez... o Martínez...
Lo mismo da... me llamaría Juan.

Juan sin familia y sin historia: sólo
Con su eslabón y su machete; Juan
Sin ayer ni mañana... una errabunda
Hoja que el viento lleva... y nada más.

—¿Cuándo nació, ñor Juan?
—No me recuerdo.
—¿Y sabe leer, ñor Juan?
—Se me olvidó.
—¿Qué sabe hacer, ñor Juan?
—Labrar la tierra,
Ganar mi pan... vivir... temer a Dios.
—¿Los padres?
—Se murieron
—¿Hace tiempo?
—Hace ya tiempo... era muchacho yo ..
—¿Qué quisiera Ud. ser, ñor Juan? ¿qué anhela?
—Trabajar, y comer y dormir hoy.

***

Así hablaría yo, mientras hiciera
Mi desayuno, y luego, bajo el sol,
Doce brazadas justas limpiaría,
Y después... el cigarro, el eslabón.

El humo va subiendo, va subiendo...
Y yo, soñando mientras él se va,
Ni anhelos ni recuerdos me atormentan...
Mi vida es hoy... mañana, Dios dirá.

¡Oh mi sabroso almuerzo!... mis *pistones,*
Mis frijoles con caldo; mi tazón

De café hervido; un chile, una cebolla.
y agria naranja, para hacer *chismol.*

Y comería así, copiosamente,
Con alegría, e inocencia y paz.
En paz de Dios... con esa paz bendita
Que sólo goza el que se llama Juan.

Juan sin historia y sin familia, sólo
Con su eslabón y su machete. Juan
Sin ayer ni mañana... una errabunda
Hoja que el viento lleva... y nada más.

Juan que no lee, ni escribe, ni analiza,
Ni sabe, *qué hay de nuevo,* ni jamás
Pensó en otro deber que en su *tarea*
Ni más anhelo que ganar su pan.

Juan que ríe y descansa, Juan que duerme
Y canta, y juega, y sueña... y que verá,
—Pues que todo lo ignora—, algo divino
En todo, y a quien Dios revelará
Sus más hondos misterios: el misterio
De la brisa, y la nube, y el cantar;
De la piedra, del vuelo, de los árboles,
De la espiga, y la flor, y el manantial...

¡Oh Juan feliz que todo lo ignorabas,
Y todo lo aprendiste sin afán,
Oyendo la voz misma de las cosas,
Que sólo a los ingenuos hablarán!

LA VIDA

En mis años de niño, yo reía la vida...
Era un solo reír, era un solo charlar,
desde que el sol nacía hasta que los pájaros
se iban a descansar.

En mis años de joven yo cantaba la vida,
era un perenne sueño y un perenne cantar,
desde que Venus lucía, hasta que las estrellas
íbanse a ocultar.

En mis años de hombre yo forjaba la vida,
una lucha sin tregua, un constante pensar,
de la aurora a la noche y hasta que el nuevo día
comenzaba a brillar.

En mis años caducos yo recuerdo la vida,
es un solo gemir, es un solo soñar...
desde que la noche viene, hasta el hondo silencio
cuando el sueño piadoso me viene a consolar.

FUE LA ONDA

Contra ese escollo el mar se encrespa sin cesar.
Veinte mil años hace, ya se encrespaba así;
Nunca dejó la onda su obstinado golpear
Contra el peñón erecto que alzaba un dique allí.
Porfiada el agua —huraño y rígido el peñón—,
Una tras otra iban en férvido vaivén
Las olas, y deshecha su nívea plumazón,
Una vez más volvían, y otra y diez, y cien...

Uno tras otro embate, el araño sutil
De la onda acerba y terca desmenuzando va
La roca lisa y dura, y granos mil a mil
Le desprende y el torso le va minando ya;
Embiste el viento, inflama el sol, constriñe el frío;
—Todos contra el escollo ensañan su furor—
Arrecia la onda, presa de extraño desvarío,
Cual si la exasperara un antiguo rencor...
La ráfaga y el rayo y el tumultuoso enjambre
De las olas le hieren, y carcomiendo van
La corteza granítica y el ferrado raigambre
Que le sostiene asido a los senos del mar...

Veinte mil años fueron de lucha y de porfía
—Contra él todas las fuerzas conjuradas—, y al fin
Fue cediendo... cediendo... y su tenaz y fría
Textura, fue tallada como un negro marfil...
Ahora, si a los delfines que vuestra nave cercan
Decís: ¿quién ese encaje de hierro así tejió?
Os dirán: fue la onda, tenaz, acerba y terca;
Fueron el viento, el rayo, y la escarcha, y el sol...

Descarnado y viscoso, y árido y escueto,
Aún subsiste el escollo... —y todavía es
Piedra y hierro... mas sólo el fúnebre esqueleto
Le resta del soberbio peñón que un día fue...

Y bajo las arcadas del ruinoso arrecife
—Que socavó la onda a fuerza de golpear—,
Agita deslizándose como un sutil esquife
Sus remos opalinos una estrella del mar...

***

Granate y rosa era mi corazón, señora,
Mas son ya muchos años que me lo están royendo
El dolor y la vida —en mil formas— ...y ahora,
Ya ni esplende ni aroma... y se me está muriendo.

El también ha quedado como un lívido encaje
Tejido con los hilos del amor y el dolor;
Y el cansancio y la duda con su amargo oleaje,
Me lo han dejado triste, marchito y sin color...

Y ahora, mustio y frío, temeroso y perverso—,
Bajo las melancólicas arcadas de su fe,
Gracias si todavía algún pálido verso
Se desliza, y recuerda la bella flor que fue...

BLASON

Un andrajo de vida me queda: se perdió
En misérrimas luchas lo que era fuerza y flor;
Rateros y falsarios hacen explotación
De mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor;
¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer, yo...!
¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó...!
Porque fui humilde y simple; porque en toda ocasión,
Creí que quien me hablaba tenía sed de Dios...

***

Lo que no profanaron los demás, lo mejor
Que me diera el Destino, eso lo manché yo:
Porque siempre fui débil, instable, y porque soy,
¡Tal vez, un pobre loco que enloqueció el fervor!
Y entre el diablo y el mundo hicieron de mi sol,
En vez de luz, tinieblas; en vez de paz, dolor...
Mas yo no culpo a nadie de mis caídas, no,
Ni me inquieta un instante mi justificación:
Si por necia o por débil mi vida fracasó,

Y en mi jardín florecen el mal y el error,
Inútil ya sería saber si he sido yo
El culpable, o la víctima de una maquinación.

Si el fruto está podrido, es que el gusano halló
En él propicio ambiente para su corrupción.
¿Fue la obra de un demonio, del azar o de un dios?
Es igual... no revive la flor que se agostó...

***

Ahora, con los harapos de mi fe y mi valor,
Y lo que todavía me resta de ilusión,
He de alzar un castillo, y en él, como blasón,
En un palo de escoba, y hecho un sucio jirón,
Haré flamear al viento mi enfermo corazón;
Y en ese vil andrajo que será mi pendón,
Escribiré con sangre, menosprecio y rencor,
Este emblema del hombre que es su propio señor:
Para juzgarme, nadie; para acusarme, yo.

Agosto de 1927.

BAJO LA NIEBLA

Bajo el inmenso palio, veladas por la bruma
se arrojan las estrellas sus jabalinas de oro.
Dormita el mar... Las ondas, su penacho de espuma
balancean, ritmando su resonante coro.

Agrio muro de escollos y rudos farallones,
rastrera niebla esconde bajo un sudario inerte;
envuelta en sus tenues y cándidos vellones,
las naves encontraron la traición y la muerte...

De la niebla silente el pálido sudario,
con sus aristas rígidas desgarran los peñascos,
y lanzan los alciones su grito funerario,
meciéndose en las jarcias de los hundidos cascos.

Al festín del naufragio acuden presurosos,
blandiendo sus alfanjes los fieros pez-espadas;
los rápidos delfines, los pulpos codiciosos,
los negros tiburones de fauces desgajadas.

Tajan, trituran, sorben... Colmadas sed y hambre,
juguetean en rondas tumultuosas y extrañas;

mientras flotan en torno, en fatídico enjambre,
destrozadas cabezas y lívidas entrañas.

Cesa el festín macabro... De carne y sangre ahítos,
vagando se dispersan por la extensión desierta;
y a través de la niebla que rasgan los granitos,
la luna los espía con su pupila yerta...

Dormita el mar... Las ondas, su penacho de espuma
balancean, ritmando su resonante coro;
y bajo el terso palio, veladas por la bruma,
se arrojan las estrellas sus jabalinas de oro...

EN EL GLAUCO MAR

Era una gaviota, que siguiendo el viento,
se iba adentro, adentro, por el glauco mar.
Si arreciaba el viento, la rauda gaviota
en el agua ignota se internaba más.

El viento bramaba, y el pájaro audaz
gritando, volaba más, y más, y más...
hasta que las ráfagas de la tempestad
la llevaban lejos, ...tan lejos, ...tan lejos,
que ya sólo habían el cielo y el mar.

Entonces el ave descendía suave,
suave, suavemente sobre el glauco mar;
y ahí, con las alas plegadas, soñaba...
soñaba... soñaba, y el viento arrullaba
su plácido ensueño con su hondo compás...

Una tarde, el viento, cansado, gemía;
las ondas dormían; el sol descendía
lento, lento, lento sobre el glauco mar;

y allá, en lontananza, algo se elevaba
y se balanceaba,
como si de la onda siguiera el compás.

Suave, suavemente, la onda fue llegando,
y aquel balanceo se fue ya acentuando
en un desolado y extraño oscilar...
Era una ala rota, que abría y plegaba
el vaivén del agua con rudo compás...
mientras la gaviota, con el ala rota,
dormir parecía... cual si todavía,
cantando al acento sonoro del viento,
la arrullara el mar.

En brazos de la onda —¿inerte o dormida?
¿era sueño o muerte?—, el ave aterida
se acercó a la orilla... Después, otra vez,
la misma onda inquieta se la fue llevando;
siempre balanceando la herida gaviota
su pobre ala rota, con triste compás...
y se fue alejando más, y más, y más,
hasta confundirse con las glaucas ondas,
en el glauco mar...

***

Corazón enfermo, que las alas rotas,
en luchas ignotas hubiste no más,
deja que te lleven las olas y el viento,
allá adentro, adentro...

donde para siempre, sin lucha y sin dolo,
estés siempre solo, para siempre solo...
donde sólo escuches el arrullo lento
y dulce del viento,
bajo el hondo cielo, sobre el glauco mar...

YA SE ABRIO LA PRIMERA ROSA

Ya se abrió la primera rosa.
De su verde, oscuro capuz
ha emergido bella y radiosa
se ha encendido como una luz.

Ha nacido tan sonrosada,
tan delicada y tan gentil,
y es tan süave su fragancia,
y su textura es tan sutil,

que más que flor, es un ensueño,
y más que ensueño, una ilusión...
cual si naciera del ingenuo
soñar de un puro corazón;

cual si una niña candorosa,
toda pureza y toda fe
—que hubiera sido mariposa
en algún místico vergel—,

la modelara con sus manos,
y la impregnara de su olor,

y la tuviera entre sus labios
para imprimirle su color.

***

Urna de seda nacarina
sobre un trifolio verde-mar,
subiendo fue de espina a espina,
como aprestándose a volar.

Y al sentirse ya en la cumbre
de su lumínica ascensión,
para saciar su sed de lumbre
se abrió en excelsa exfoliación.

***

Ya las abejas la rondaron,
ya vino a verla el colibrí,
y unas neblinas la regaron
con su rocío más sutil.

Llevó la brisa la noticia
hasta el lejano robledal,
y estalló en dianas la leticia
del resonante Pito Real;

y una irisada mariposa
a quien le dio la nueva el Sol,
vino a yacer sobre la rosa,
como una flor sobre otra flor...

***

Así, esta primera rosa,
de su oscuro, humilde capuz
—Candor... Ensueño... Mariposa—,
ha surgido bella y radiosa,
se ha encendido como una luz...!

San Salvador, junio de 1925.

RECUERDOS DE PASAQUINA

I

Olvidado de los hombres,
Con su muleta y su niño;
Desdeñoso del presente,
Sólo en el pasado fijo;
Siguiendo de sus memorias
El confuso laberinto,
Pasa el tedio de sus horas
El buen capitán Rodrigo.
Es ya viejo el veterano,
En las batallas curtido,
De cicatrices cubierto,
De remiendos y de chirlos.
Buen corazón, agrio el genio;
Con su suerte no ha venido;
Lleno de heridas el cuerpo,
El corazón más herido,
Sólo vive de recuerdos
El buen capitán Rodrigo.

II

De poco hablar es el viejo,
Parlero y travieso el niño;
Apenas se arrastra el otro,
Y éste anda como un cabrito.
Un caballo es la muleta,
Galopa en ella Juanito,
Y lleva la vieja espada
Arrastrando por el piso.
—¡No le ensucies —grita el viejo
Que no es espada de pícaro;
No le ensucies, que la infamia
No manchó nunca su brillo!—
Mas Juanito se hace el sordo
Y salta como un cabrito;
Y gruñe y a un tiempo ríe
El buen capitán Rodrigo.

III

Adosado al negro muro
Y de un clavo suspendido,
Cuelga un sombrero de paja
Que el tiempo volvió amarillo.
Un rojo listón de seda
La copa tiene ceñido,
Y en él estrellas de plata,
Antes vivas, hoy sin brillo,
Largas y rojizas manchas
Le dan aspecto fatídico,

Como si sangrienta mano
Le hubiera acaso oprimido.
Con la espada y con el kepis
Y el dormán juega Juanito;
Con el extraño sombrero
Nunca hasta hoy lo ha conseguido,
Que una severa mirada
Le atajó siempre el camino.
—Juega, Juan, si eso te gusta,
Con mi espada y con mi cinto;
No, no toques nunca el sombrero,
Que ese sombrero es bendito—
Y vuelve Juan a sus juegos,
Aunque enojado y remiso,
Y a sus tristes pensamientos
Vuelve el capitán Rodrigo.

IV

Una noche, triste noche
De lluvias, niebla y frío,
Llama el viento a las ventanas
Con sus lúgubres gemidos;
Sobre el negruzco tejado
—Cae y rebota el granizo;
Las maderas se estremecen
Con estridentes crujidos,
Y en un rincón de la alcoba
Alza su salmodia el grillo.
Más caviloso que nunca
Está el capitán Rodrigo
Y a su lado, temeroso,

Rezos murmura Juanito...
—Oye, Juan, dice, de pronto
El viejo con un suspiro;
Oye, y graba en tu memoria
Lo que esta noche te digo:
Viejo soy, darán los años
Pronto fin a mi destino,
Y hay cosas, Juan, que no quiero
Que desaparezcan conmigo.
Olvidado y miserable,
Correr veinte años he visto;
Soy un militar oscuro,
Quizá no lo he merecido...
Fui de soldado a Granada
Cuando Walker, y este chirlo
Saqué, de un bayonetazo
Que me dio un yankee maldito.
En Coatepeque, sargento,
Tuve un brazo en cabestrillo
Y una bala en la cabeza
Fue mi premio cuando el Sitio.
Cada cicatriz, un grado:
¡Rarezas del tiempo antiguo!
Dichosos tiempos ahora
En que se asciende sin ruido.
Así a Capitán llegué,
Con mi espada por amigo:
En la paz, siempre de baja;
En guerra, siempre en servicio.
Y así me encontró aquel día
De recuerdo maldecido,
Cuando perdí en Pasaquina
A Juan, tu padre y mi hijo.
En el batallón soberbio

Del Delgado juntos fuimos
Aquel batallón que sólo
Tuvo salvo los heridos.
Al toque de la corneta
Y del parche rebatido,
A paso de vencedores
Llegamos hasta el cabildo.
Un huracán de metralla
Nos atajaba el camino;
Era de metralla el viento
Y era de plomo el granizo.
¿Fue maldad o fue torpeza?
Ni averiguarlo he querido...
Esperábamos socorro,
Y el socorro nunca vino...
....

De los cerros se desprende
En nubes el enemigo,
Y a pie firme le aguardamos,
Riñendo uno contra cinco.
Pecho a pecho y brazo a brazo,
De coraje ya sin tino.
Peleamos no por el triunfo,
Por el honor y por capricho.
—¡Rendirse!
—¡Mienten canallas!
Respondió Delgado, a gritos,
Y herido en el noble pecho,
Como un roble a tierra vino.
Cae a un tiempo la bandera,
Por el mástil hecha añicos,
Salta Juan, y alza del suelo
Un sombrero en sangre tinto,

Y en la punta de su espada,
Y con voz que es un rugido,
—¡*También éste tiene estrellas!*
Dijo, en estentóreo grito,
Y tremolando el sombrero,
Cayó muerto, no rendido...
....

Sed de sangre, ansia de muerte,
Me arrastraron, ya sin tino,
Maté, maté... sentí un choque,
Y a mis pies se abrió un abismo...
....

No vi más; curado apenas,
Pidiendo por los caminos,
Aquí vine y desde entonces
Ignorado aquí he vivido...
Juan! ese viejo sombrero
Que ves allí suspendido,
De Delgado fue... las manchas,
Son la sangre de mi hijo.
....

Silencio.
En abrazo estrecho
Lloran el viejo y el niño;
Llama el viento a la ventana
Con sus lúgubres gemidos,
Y en un rincón de la alcoba
Alza su salmodia el grillo.

Marzo de 1900.

LA ILUSION SUPREMA

Cerca ya de la cima de la vida,
presiento que también voy a perderte
¡Oh esperanza querida
de otra vida mejor!... Viene la muerte
única realidad... y al ver la senda
¡qué regué con mi sangre y con mi llanto,
con qué indecible encanto
resurge en las doradas lejanías
la edad feliz de mis primeros días!

Vuelan en torbellino,
en la rosada claridad del alba,
los azules ensueños; los anhelos
que ahogó implacable el mísero destino;
y el sendero triste y solitario
que otra vez recorrer nadie quisiera,
envueltos van en fúnebre sudario,
el amor y la fe... todo quimera.

Viene por fin el sueño sin aurora
cuyo terrible sello
no rompieron jamás ni Dios ni el hombre...

El alma se evapora
sin dejar un destello:
y esa noche sin nombre
en que el alma y la carne desaparecen,
no conoce más luz que las visiones
que en la cuna del niño se remecen.

*
* *

Ahí están, ellas son; todas renacen:
la montaña natal, los viejos pinos
a cuya sombra para siempre yacen
los que tanto me amaron cuando niño.
Bajo el dosel del capulín rizado
que de jazmines el gramal salpica
se esconde la casita;
y más allá, los mangos purpurinos
que pican los pericos parloteros,
y elevan los erguidos cocoteros
su capitel de globos ambarinos.
Por el maizal en flor, con blando arrullo
la brisa juguetea,
y en el rastrojo el saltador cismuyo
el lomo de los bueyes picotea
las cañas rumorosas
que vierten ambrosía,
y el estridente vuelo
de las zumbantes moscas
que enardece la luz del mediodía.
Las cascadas que saltan de las rocas
envueltas en su velo de diamantes;
los vientos resonantes
que cantan en las copas

de los líricos cedros; la vivienda
de hojas de caña, y la fragante brisa
en torno de la rústica molienda.
El patio, donde tienden
del meloso café los rubios granos;
los picudos tucanos
que con alas de fuego el aire hienden,
y los ecos lejanos y adormidos
al golpetar del rojo carpintero
que perfora los troncos carcomidos.
Allí, bajo el alero,
los queridos abuelos que respiran
el perfumado aliento de la tarde;
el sol muriente, que arde
bañando en oro el dentellado monte,
y allá en el horizonte,
en la luz indecisa del ocaso,
la negra estela que trazó en el cielo
un zopilote de cansado vuelo.
En torno del hogar las risas locas
de los niños, que juegan
al *par o non* la dulce tostadía;
el silbador cenzontle que a su amada
llama con sus gorjeos,
y en la vecina cárcel
cual voces que llegaran de otro mundo,
el triste y dulce canto de los reos...

***

En silencio profundo
duerme todo después... camelia errante,
vaga la luna en el sereno cielo,

y van volando tras sus blancas huellas
como pétalos de oro las estrellas.

***

Y tú, mi blanca flor, tú que caíste
aún vívida y fragante,
antes que el sol tu cáliz marchitara...
del venturoso instante
que el vergel embriagó tu pura esencia,
aún guarda mi existencia
la huella perfumada,
y en esta noche en que mi afán te implora
aún brilla tu visión idolatrada
como el suave reflejo de una aurora...

No mancharon los años
tu gracia sin igual; de tu pureza
el tesoro feliz salvó la muerte;
y surgen para mí, de polvo inerte,
tu rizada cabeza,
tus ojos celestiales,
la sonrisa en tu boca de corales
y tu cándido pecho de azucena
donde posé mi frente
para olvidar mis penas...
Mi pecho es un santuario
que guarda tu memoria inmaculada;
mas cuando en el sudario
de la nada mi espíritu se envuelva
¿quién sabrá de la virgen adorada
ni del alma que fue su relicario?

Y vosotros, también, días risueños
de la infancia feliz; noches brillantes
que poblasteis mi espíritu de ensueños:

Si fue mi fantasía soñadora
la que os prestó la dicha y la hermosura
¿qué haréis cuando en la negra sepultura
esté durmiendo el sueño sin aurora?

Ah, juventud, amor y pensamiento,
canciones de la mar, risas del viento,
áureas cascadas de la aurora vierte,
fragancia de la flor, luz de la estrella,
¿que sois, qué sois, si al soplo de la muerte
hasta el polvo se va de vuestra huella?

1901.

VERSOS

Cuando quise cantar la vez primera
Ardía en dulce fuego el corazón;
Mas no brillaba en esa primavera,
Del pensamiento el fulgurante sol.

Y como espera en su botón la rosa
Que la despierte el beso de la luz,
Ideas esperaba el alma ansiosa
Para volar por el inmenso azul.

En el fatal misterio de la vida
Y de la ciencia penetré después;
Y fue cada jornada recorrida,
Luz que la duda transformaba en hiel.

Hoy que todo lo sé, tender el vuelo
Quiero otra vez por el azul confín,
Y otra vez lloro el imposible anhelo,
Pues ya no tengo nada que decir...

El mismo afán, idéntica pobreza;
Mas, diversa la causa de las dos;
Antes faltaba luz en mi cabeza;
Ahora le falta luz al corazón.

(De *Recortes*)

EL LEON

De Catulle Mendes

Como era una cristiana, y el incienso
negó siempre a los dioses y a sus fiestas,
mandó el pretor que tan enorme crimen
castigaran las garras de las fieras;

Y como era una virgen, y las rosas
del pudor en sus sienes florecían,
una severa cláusula mandaba
que desnuda en el circo moriría.

Joven y virgen, el estadio impuro
alumbró con sus albas desnudeces,
y en las ebúrneas, palpitantes formas
saciáronse los ojos de la plebe.

Velando el seno los cabellos de oro,
de miedo y de rubor la niña tiembla…,
rugiendo de placer un león hambriento
disparado surgió de la leonera;

Acercóse a la víctima, olfateando
la carne joven y la sangre tibia,
y sus rojizas, erizadas crenchas
rozaron los cabellos de la niña...

El pueblo, entonces, viendo la ancha boca
del león tan cerca de tan blanco pecho,
se agitó en paroxismo de lujuria
y tuvo de la bestia extraños celos.

Rictus innobles de mordientes besos
pasan por los estúpidos semblantes;
y azuzado el león por el bullicio,
entreabre ya las carniceras fauces...

¡León! gritó la virgen.
A sus plantas
el monstruo se tendió sobre la arena;
y al verla tan hermosa y tan desnuda,
cerró los ojos y bajó la testa.

(De *Recortes*)

KRUGER

El bisonte africano, Pablo Krüger el fuerte,
va a hacer la última hazaña, la hazaña de su muerte,
quien tuvo noble vida, morirá como noble,
y así como en la selva cuando se troncha un roble,
ahogará en su agonía millares de britanos;
se hartará, como Aníbal, de sangre de romanos.

No es el Transvaal Cartago; pero Britania es Roma;
¿Quién su codicia llena, quién su soberbia doma?
Y el yugo que a la Tierra pusieron las legiones,
lo forjan, de Britania marinos escuadrones.
¡Bajará como un Buitre, de las cimas abruptas,
para beber la sangre de naciones corruptas!
¡Como huracán rompiera con recias sacudidas
el vetusto edificio de las razas podridas!...
Mas su ambición insana lo mismo crece y medra
de la robusta encina que de la humilde hiedra,
y sus sangrientas fauces de tiburón errante,
tragan aquí un andrajo, sorben allá un diamante...

Aún es la edad siniestra de sangre y de rapiñas;
aún veremos del circo las estruendosas riñas:

gladiador es un pueblo, otro pueblo es la fiera;
el hombre es Pablo Krüger, Britania la pantera.
Del alta gradería contemplarán gozosas
Germania, Rusia, Francia, ínclitas y gloriosas;
comentarán los golpes, celebrarán los gestos,
y al que sin gracia caiga, cubrirán de denuestos.
Mas no reirán del boer. El bisonte africano
tiene sangre de Ruyter y de Tromp es hermano;
y cuando muerto ruede por la sangrienta arena,
tendrá rojas las crines de su ruda melena.

NOCHE DE INVIERNO

Qué soledad, qué frío! Entre sombras,
errando voy por la ciudad desierta;
las altas casas ante mí desfilan
como sepulcros que en la bruma tiemblan.

A través de la niebla húmeda y fría
parpadean las tímidas estrellas,
como cautivas vírgenes que aguardan
de un trovador la dulce cantinela.

Vírgenes que buscáis en el silencio
el eco ansiado de sus pasos leves
¡quién fuera el trovador que suspirara
sus canciones al pie de vuestras rejas!
Yo soy también un trovador errante,
un alma sola y triste que en la niebla,
vaga como un fantasma, y va soñando,
soñando con la ausente compañera.

Qué soledad, qué frío... entre las sombras
un jirón más oscuro vaga y tiembla...

¿Es acaso un ladrón que me persigue,
acechando el instante en que me hiera?...
El agudo puñal, su mano trémula,
tal vez requiere ya... ¡si al fin me hiriera
en pleno corazón... si me librara,
de un solo golpe de mis hondas penas!...

Aquí está ya... pasó... tal vez sería
un sin ventura como yo, que vaga
pensando en una ausente compañera!
Tal vez medita en el hogar lejano,
en que su nombre murmurando velan,
la dulce hermana, el inocente niño,
la madre que por él solloza y ruega!
Bajo el ramaje deshojado y mustio
de las acacias, brillan las inciertas
luces de los carruajes... los caballos
sus fatigados párpados repliegan.
Corceles de la noche ¿al cementerio
conducen otra vez algún rebelde
espectro que buscara entre las sombras
las ilusiones que perdió en la tierra?

Quietud y horror... del alto campanario
dolientes voces surgen, aletean,
la noche estremeciendo, como gritos
que exhalara algún ave gigantesca.

¡Altas campanas que en la triste noche
estremecéis con vuestro ronco aliento
el húmedo sudario de las nieblas:
¡Si vuestras voces fúnebres supieran
decir las agonías de mi alma!

si en la onda en que se va vuestra salmodia
mis pobres golondrinas también fueran,
huyendo de la noche, huyendo el frío,
huyendo mi dolor y mis tinieblas!...

Quietud y horror... El velo de las brumas
en opacos y vellones se condensa;
calláronse las voces melancólicas
del alto campanario; de sus rejas
las tímidas estrellas se alejaron,
y en sus gasas flotantes rebujada
yace inmóvil la vasta Cordillera...

Y yo sigo vagando a la ventura,
creyendo ver en las errantes nieblas,
la querida silueta de mi amada,
su leve falda que la brisa ondea...

Chile, 1902.

(De *Recortes*)

NOVIEMBRE

Es noviembre; es el risueño mes del Trópico, que llega
con sus brisas olorosas, con sus hojas que revuelan;
con sus límpidas estrellas que en el hondo azul deste-
[llan;
con la vida y la esperanza que en las almas se renue-
[van...

¡Con qué tardo balanceo se desprende la hoja seca,
semejando las pintadas mariposas que revuelan!...
¡Cómo gime cuando toca en la tierra polvorienta!
¡Cómo llora al apartarse de la amada copa enhiesta!...
Ya se aleja... ya rodando sigue y sigue la hoja seca,
susurrando tristemente la salmodia de la ausencia...

¡Cómo ciñe la alta frente de los montes, la diadema,
de las nubes argentadas que se tiñen de violeta
cuando el sol al despedirse con un beso las incendia!
Cuál remece lentamente su guirnalda la palmera,
semejante a una custodia de esmeralda, que se eleva
al azul del firmamento...
¡Cómo alumbra, cómo tiembla,

al vaivén del aura leve y en la verde copa enhiesta,
la chiltota de oro y llamas con sus alas que chispean!. .

¡Cuál matizan las campánulas con sus tornos la floresta,
cuando envuelta en oro y nácar la mañana se despierta!
¡Cómo brillan en los campos, si la noche ya se acerca,
los dorados *si me quieres* que la luz muriente besa!. . .

Luz y vida. Es el risueño mes del Trópico, que llega
con el himno de sus vientos que a los árboles doblegan;
con sus límpidas estrellas que en el hondo azul deste-
[llan;
con la vida y la esperanza que en las almas se renue-
[van.

Todo ríe, todo canta. . . sólo llora la hoja seca
que se arrastra dolorida por la tierra polvorienta;
que se aparta, que se aleja de la amada copa enhiesta,
susurrando tristemente la salmodia de la ausencia. . .

NIÑERIAS

RECUERDOS DE LA PRIMERA INFANCIA

I

MIS primeros recuerdos, ensueños más que recuerdos, son de un niño que toca el arpa: una rama seca, bifurcada en ramillas resonantes.

Al final de cada trozo, me dan, en homenaje, una guayaba, un jocote o un mango.

Era trovador, y era rey. De trono, una mesa donde me suben mis vasallos. Yo giro los ojos rápidamente —¡cosa de reyes!—, y los espectadores me aplauden y me besan.

Acaso fue en un panorama, donde vi —tengo aquí, palpitante de vida la impresión— un hombre grave, de relucientes ojos... un rey, pues!

Entonces conocí también a los turcos. Feroces, con largas barbas, llevando unos machetes enormes, y grandes escopetas que se enredan en sus anchas túnicas de púrpura.

¡Hermosos turcos!

II

Mi abuelito dice que era yo un niño valeroso. No conocía el miedo.

—Ita, ¿mene hoy el coyotillo?

—Sí, mi hijito, esta noche.

—Ponque yo quelo pelian con en.

—¿No tendrás miedo?

—¡Conque una vez pelié con en tigle!

Por la noche:

—Cómo, ¿no esperas el coyotillo?

Mejon no, Ita, hora teno mucho cheño.

Al amanecer:

—Vino el coyotillo, y dijo que eras un cobarde.

—¡Qué tonto, Ita! ponque le teno látima. Pelo hoy lo mato con mi machete.

Por la noche, la misma historia, y con el día, un héroe.

III

¿A dónde ha ido mi amiguito Manuel? Decidle mi nombre, y acaso no despertéis ningún recuerdo en su memoria. Y sin embargo, qué largos conciertos dimos juntos, él con el clarinete de palo, y yo con el tambor, el más preciado de mis instrumentos.

Porque como yo nací músico, pasé del arpa al clarinete, de ahí a la dulzaina, al corneta, al pistón, a cuanto suena. Aun ahora, busco la música en mis rebeldes frases, y ¿quién sabe? acaso salte a veces, como

la onda de fuego comprimida por la corteza de una montaña.

Pues sí, el negrito Manuel era un incansable soplador en el clarinete de palo. Sobre sus chillidos se alzaban los redobles de mi tambor; la Gallinona nos prestaba su alegre cacareo, y sobre este delicioso conjunto, los agudos ladridos de Brabonel saltaban, se encabritaban, se esparcían como una ola estruendosa, e iban a romper las orejas de todo el vecindario.

En lo más recio de la fanfarria, la campana de la Iglesia tocaba a comunión; la onda sonora corría por el aire, entraba, cuchicheaba a nuestros oídos... y súbitamente, el pito, el tambor, y hasta la Gallinona y Brabonel se callaban.

Quedábamos nosotros boquiabiertos, llenos de no sé qué extraños pensamientos...

—¡Oy!... ¡están pensando!

¡Sí, repetía Manuel, en voz baja, están pensando...!

Lector, si la divina Gramática, y la sagrada Retórica, y la deliciosa Filosofía, y la risueña Política no han secado enteramente el jugo de tu corazón, sabrás por qué las místicas palabras del campanario nos sumergían en esas melancólicas meditaciones; señal, para nosotros, de que estaban pensando!

IV

Los conciertos eran los domingos. Así, estábamos solos, libres para nuestros ensueños y nuestros juegos locos.

Un pasaje mal interpretado, un tamborileo extemporáneo, un pitoretazo estridente, traían enseguida una

discusión, que iba a terminar, es claro, en una moqueteada de marca.

Iguales eran los campeones y como la lucha no era sino exceso de vida, terminaba siempre en un armisticio, seguido de nueva furia musical.

Manuel podrá contarlo, por si no me creéis: a media pelea conveníamos, algunas veces, en desnudarnos de cintura arriba; cogía él un lado, otro yo, y sobre las espaldas de ambos caía tal redoble de puñetazos, que el tamborcito se moría de envidia. De súbito, vibra la ondeante voz del campanario... tan... tan... están pensando!... y volvemos al interrumpido concierto.

V

¡Oíd, ésta es la historia del carbunclo, el ave de fuego, el lucero alado que vaga por las noches, saltando como un gran rubí elástico!

En el mes de octubre, en las largas y lluviosas noches, cuando el agua cae incesante, los niños forman coro en la cocina, y oyen los hermosos cuentos relatados por la vieja criada o por la cariñosa abuelita.

Esta vez, las narraciones son deliciosas, con toda la sal Tía Romana, una viejecita vivaracha, que va y viene de pueblo en pueblo, vendiendo camisas vicentinas.

¡Ha viajado tanto la Tía Romana! Conoce La Estanzuela, Santa Ana Grande, El Salvador, Ahuachapán... el mundo entero! ¡Y sabe tantos cuentos!

Como a ella le den su traguito de aguardiente entre una y otra historia, ya tenemos para toda la noche. Siete días lleva de hospedarse en mi casa, y ya nos ha

contado "El pájaro del dulce encanto", "El caballo de los siete colores", "La Bella y la Fiera", correrías de Partideño y de Pedro Cosme; mil cuentos y leyendas, que nos hacen soñar con encantos y con ladrones, con caballos que vuelan y con pájaros de oro.

* * *

¡Oíd, ésta es la historia del carbunclo!

"El carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras, en el fondo del Lempa o del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran nunca por el día.

Lo que llama diamantes, no son más que pedacitos de carbunclos muertos. ¡Porque el carbunclo es vivo! ¿Han visto las exhalaciones? ¡Pues son carbunclos!

A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra a las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve a encender. ¡Ah qué hermoso es! Si llega uno a cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante, como una brasa con alas!

Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbunclo?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta a las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega a beber el carbunclo. ¡Cuidado con ir a cogerlo!

A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina —porque primero, se pone en la cocina—, sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y a la hora en que va a llegar, está uno listo. Entra saltando, como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima!

Y ya no se va. Al sacarlo del agua la casa parece que está ardiendo. Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada...

¡Cambia de color a cada instante! ya es una roja granada, ya un grande ópalo, o una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio... El carbunclo da todas luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma!...

Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella..."

***

¡Ah, sabéis cuántos días y noches los chiquitines pasamos soñando con el carbunclo, con el ave de fuego, con el lucero alado que salta como un gran rubí elástico?...

VI

¡Adiós, hermosos días libres, juegos sin término, correrías hasta la noche! Enriquito ha cumplido cinco años; ya está tamaño, como dice su mamá; tiene que ir a la escuela.

La tabla para amarrar la cartilla, el bolsón, el tintero de zapatito, la regla, el catecismo, todo está listo. No hay manera de dilatarlo, y Enriquito, con su amigo Manuel, comienzan el *Todo fiel cristiano,* antes de conocer las letras, es claro!

El maestro es amable, quiere a los niños, les da frutas.

"Todo fiel cristiano, está muy obligado, a tener devoción..."

Enriquito tiene la memoria más sorprendente que se ha visto, y en dos días se sabe el *Todo fiel,* como si lo hubiera inventado. Eso sí, que no le pregunten letra por letra, porque se echa todo a perder. Luego viene el *Padrenuestro,* el *Avemaría,* la *Salve,* y lo mismo: Enriquito los aprende en un santiamén; es un fenómeno, el pasmo de la escuela. En ocho días sabe decorar, y no conocía las letras cuando entró! Viene el escollo, el terrible *Quita-calzón;* pero Enriquito lo salva sin dificultad. ¡Prodigioso niño!

El maestro está contentísimo. Llega un día el Alcalde. ¿Quiere usted ver, señor Alcalde? ¡A ver, Enriquito, traiga su cartilla!

¡Viejo cazurro de Alcalde!

—Diga, niño, ¿cómo dice esta palabra?

Nada.

—¿Y esta letra?

Nada.

—¿Y esta sílaba?

Nada.

Total, que Enriquito no conoce una letra. Todo lo ha aprendido de memoria... ¡Imbécil Alcalde!

Entonces vienen los días negros: hay que deletrear; b, a, ba; c, a, ca; d, r, e, dre...; ¡el fastidio, la muerte!

Un mes, y otro mes, y mientras, los otros muchachos aprenden eso con facilidad, y se ríen de Enriquito. ¡Prodigioso niño!

En cambio de esas penas, tuve muchos amigos: aprendí a jugar cera, en cotas y en pelotitas, adelanté como nadie en Aritmética, y daba terribles palmetazos cuando me tocaba corregir a los más grandes. Entre ellos, había dos muchachones rústicos, desvergonzados que se morían de risa cada vez que, empinado, y con el empuje de todo mi cuerpo, les descargaba la palmeta.

Los sábados y los días de feria, me llevaba a casa a cinco o a seis chiquitines, y tocábamos la música. Dimos de baja a Brabonel y a la Gallinona, por indisciplinados con grande regocijo del vecindario. No hay que decir que mi amigo Manuel tocaba siempre el clarinete, y que yo dirigía... con el tambor!

Ya veis, no todo es duro en la vida de escuela.

Otra cosa me hizo llevadera la esclavitud de las lecciones. El Padre Rosales me vio pasar un día con mi bolsón y me gritó, desde el Convento: ¡Don Anrique! ¡don Anrique! ¡aquí tengo algo para usted! Y me dio un precioso libro de versos, que tenía un retrato, un papel de china sobre éste, y una cintita verde para señales. —¡Llévese su libro, don Anrique! ¡llévese su libro! ¡llévese su libro! ¡llévese su libro!

En la escuela nadie tiene cosa semejante; así es que va de mano en mano, con toda reverencia, causando la admiración de todos: éste saca la lengua, viendo el retrato; otro elogia la cinta de seda; aquél toca con suavidad el papel de china.

Por mí, prefiero, el forro de papel caprichosamente

veteado. ¡Buen Padre Rosales, qué dichoso me hicisteis!

Tres días después me sabía de memoria "El Pirata", luego "El Reo de Muerte", "El Mendigo", y antes de dos meses, todas las poesías sueltas.

¡Siempre de memoria, eso sí!

VII

Gramática, aritmética, inglés, francés, geografía, fisiología, geometría, zoología, pedagogía, ía, ía, ía... ¡pobrecitos cerebros, pobres corazoncitos, mustios antes de tiempo! ¡fragantes flores vivas, que el artificio transforma en flores de papel!

Nosotros, no: las cuatro reglas, medio leer, escribir hasta cierto punto, y algo de Doctrina. Para todo, cuatro horas diarias, y luego, a correr, a saltar, a coger mariposas, a trepar a los árboles, a buscar las encendidas bayas de la *cebadía*, para hacer tinta roja; a la Laguna, a sacar los tabletones de yeso; a las areneras, a traer el grueso y duro arenón que ha de servir... ¡para arrodillarnos!

Los niños de hoy, que saben el *Reglamento*, y amenazan a los maestros con demandarles, no comprenderán esto. Apenas es creíble, en verdad. Pero así era: nosotros íbamos muy gozosos a buscar los granos de arena, que se hincaban luego en nuestras rodillas desnudas.

¡Tiempos rudos aquéllos! por la falta más leve, palmeta, látigo, las orejas de asno, repelones y tirones de orejas.

¿Y qué? Yo volviera gustoso a vivirlos, y aprendería otra vez el *Quita-calzón* y el *Todo fiel*, y extendería

las manos a la palmeta (con dos cabellos en cruz, sobre la palma de la mano, para que se reviente la maldita), e iría a buscar los granos de arena.

Ya me desquitaría, yendo a los trapiches a chupar las melosas guarapas, a los maizales, por los rubios jilotes; a los desmontes, donde el *talnete* ofrece el doble tesoro de la miel y la cera.

Los niños de hoy saben, a los nueve años, que hay razas; conocen el intestino grueso, que los animales se dividen en géneros y especies; que la sangre va del corazón a los pulmones, y los más detallados secretos de la digestión.

Y no digieren...

Para nosotros, el mundo está limitado por el Cerro, la Laguna y el Lempa. No se sabe a punto fijo si el Lempa es un río o un mar, pero está averiguado que es una inmensa sierpe de plata, que se envuelve todas las noches en una gran sábana de nieblas. Las flores son hijas del sol, beben rocío y se casan con las mariposas. Los animales se dividen en conejos que hacen mil diabluras a los coyotes; en bueyes, mansos, humildes, que ayudan a papá en sus trabajos; en perros, que cuidan la casa y juegan con los niños, y en potros que corretean por las sabanas y los llanos. La sangre es roja, y hierve como una llama en los infatigables cuerpecitos. Y en cuanto a la digestión... hum!... en cuanto a la digestión... jocotes, mangos verdes, guayabas, miel de colmena, cañas, uvas silvestres, naranjas, zunzapotes, anonas, guanábanas, caimitos, el diablo mismo en forma de fruta, será devorado y digerido si se presenta!

El mundo está gobernado por Dios, el Cura, el Alcalde y el Maestro. Esa bóveda azul que está encima

del cerro, es el Cielo, donde viven el Señor y la Virgen. Por las noches se nos recibe allí, nos dan confites, nos cuentan historias bonitas, y al día siguiente, cada uno refiere lo que vio en el Cielo.

Más allá del Lempa se ven llanos inmensos, montes, ríos, bosques! ¿Para qué sirve todo eso? ¡Para soñar! Cuando uno va a la Laguna, de allá, de lo alto de la Cuesta, se ve eso, y se sueña...

Allá es donde viven el pájaro del dulce encanto, el caballo de siete colores, el árbol que habla y las flores que vuelan... ¡Sí, yo volviera gustoso a recibir palmeta y látigo!

VIII

¿Palmeta y látigo? No siempre, caballeros, no siempre. Ahí viene Mayo gentil, que nos defiende; Mayo, príncipe de las rosas, que atersa las mejillas de las muchachas, timbra la flauta de los cenzontles, limpia las alas de los colibríes, y cierra la escuela a las dos de la tarde, que vale más que todo.

¡Bienvenido, amigo! bienvenido, y tráenos ahora una tarde alegre; vierte sobre el suelo tu regadera de diamantes, prepara la orquesta de tus pájaros, y juega con nosotros en el paseo triunfal de la Rosa del Cielo.

La campiña, inmensa alfombra verde moteada de campánulas, ondea al beso fragante de las brisas; corre el viento rizando los maizales, entre cuyas cimbreantes espigas saltan, se esconden, se deslizan, asoman y desaparecen mil pajaritos negros, grandes como una avispa.

En las hojosas ramas de los guarlos el clarinero lanza las hondas notas de su diana, y allá a lo lejos, responden los pericos con su asordadora fanfarria.

Baja el sol y nos vamos al campo, a buscar flores para la *Entrada*, y allí, mientras unos hacen los ramilletes, otros se internan por el bosque, a sacar colmenas, y a beber los azucarados panales del chupa-miel.

¡Ya es tarde! ¡Corriendo, a dejar las flores, a coger las cañas!

Entretanto, de una mesita y unos cuantos bejucos, se forja el trono de la Virgen: una nube de cambrayes blanquísimos, tachonada de flores de la cruz y de amapolas.

¡Ya es tarde, ya es tarde!

Un cohete surca el aire, estalla en truenos, y anuncia el paseo triunfal de la Virgen.

La tarde está de gala: las flores, los pájaros, los celajes forman un concierto de purísimas notas. María, coronada de rosas blancas, flotantes las albas vestiduras, vuela sobre las nubes de cambrayes, en que las amapolas brillan como luceros.

¡Venid, y vamos todos
Con flores a María;
Con flores a porfía,
Que madre nuestra es!

Y los niños agitan sus cañas resonantes, empenachadas de verdes hojas y de argentadas flores.

Venimos a ofrecerte
Flores del bajo suelo;
¡Con qué filial anhelo,
Señora, tú lo ves!

Y otra vez canta el coro de las sonantes cañas y de las risas cristalinas, y las aladas notas tintinantes de

las campanas revuelan por el viento, y el humo del incienso asciende en cándida espiral.

Verde y sonriente el campo, yergue sus espigas cimbradoras y sus árboles florecidos, y el Sol, perdiéndose en el horizonte, vuela como una inmensa flor de púrpura.

IX

B, a, ba; b, e, be; b, i, bi. . .

Pasará el año, y yo sin saber deletrear. "¡Qué vergüenza!, dice mi madre, ¿qué hago yo con este muchacho, que se va a quedar burro? ¿Qué, no te da pena; zángano?"

—No mamá, no me da pena; lo que me da es un profundo tedio, la estúpida cartilla. Si no hay otra manera de aprender no aprendo.

Eso lo digo ahora, pero ya lo pensaba entonces.

—Vaya, hijito, ¿quieres que hagamos un trato?

—¿Qué, mamá?

—Apúrate, y sales de Cristóbal Colón.

—¿Y cómo es Colón, mamá?

—Colón es con espada, en un buque, y con plumas en el sombrero, y otras cosas muy bonitas.

No faltaban sino quince días para la fiesta. Me esforcé, vencí algunas dificultades del deletreo, e hice propósito de triunfar de la malvada cartilla.

* * *

Ahora, narremos nuestro Quinto Viaje.

La expedición compuesta de un solo barco, zarpó del Cabildo el día quince de septiembre, a las dos de

la tarde, con grande acompañamiento de pueblo y músicos. Tiraban del barco cincuenta delfines o alguaciles que, tropezando a cada momento en las mal empedradas calles, imprimían a la embarcación un horroroso balanceo. Tripulantes, eran seis escolares vestidos de rayadillo azul, todos armados de escopetas repartidos aquí y allá y actitud de cazadores en acecho, sobre cubierta, al pie del palo mayor, se destacaba una linda indiecita que hacía de América. Más arriba, sobre una tablita adosada al mástil, iban don Anrique, o sea el Almirante, todo luciente de papel dorado, con plumas de guara en la cabeza; alta la espada en la mano izquierda; la derecha haciendo jarra sobre la cintura, y todo él medio envuelto entre los pliegues de la bandera salvadoreña.

Consumado marino debió ser don Anrique, para no rodar con su tablita a los tremendos cabeceos del buque.

Hacía de piloto el maestro Natividad, carpintero de hacha y machete, constructor del buque y antiguo conocedor de aquellos empedrados mares.

¡Qué ser tan misterioso es el océano! Lo veis tranquilo, suave, risueño, juguetón, dulce como un niño, y súbito es un monstruo que se traga la tierra y se empina para devorar el firmamento. O bien, sin abandonar su sonrisa, echa al paso de la nave un escollo y os asesina como un villano.

Aún no se sabe cómo fue aquel naufragio. Habíamos navegado sin peligro notable como una hora; cerca estaba el fin de nuestro viaje; nos aproximábamos otra vez al Cabildo, después de circundar la población, y ya el Almirante preparaba la narración de sus descubrimientos ante el Alcalde, cuando se oyó un

tremendo crujido. Los marineros, que piensan habérselas con un monstruo marino, echan manos a sus escopetas; el maestro Natividad se arroja por la popa; el timón queda abandonado, y el barco va a chocar contra una cerca de piedra. La india se descolgó lo mejor que pudo, se echó en brazos de un delfín, y tomó carrera para su casa.

¿Y Colón? Inmóvil, como petrificado, con la espada en alto, semi-envuelto entre los pliegues de la bandera, dispuesto a perecer con su buque!

Han escrito sus enemigos, que tuvo miedo, que perdió la serenidad; que su deber era bajar de la tablita, envainar la espada, y correr al timón. Sin tomar en cuenta el arrojo y la pericia mostrados en sus viajes anteriores, le han calumniado vilmente.

Pues bien, sepan los villanos, que la extraña conducta del Almirante fue impuesta por las circunstancias. Al ruido del choque, quiso bajar, volar al timón, y socorrer a la asustada América. Pero ¡ay! el pobre don Anrique estaba amarrado al mástil, por la cintura, y amarrado también por el brazo en que llevaba la espada. Así se abra un abismo, el infeliz no podía moverse!

X

—¡No mamá. no mamá! ¿Yo cartilla? ¡Mejor máteme! Comeré zacate, póngame orejas, pero no voy a la escuela!

Y no fue. Enriquito le ha cogido horror al Quita-Calzón, al Todo fiel y a las *Beabas;* se imagina que ellos tienen la culpa de su naufragio, y tiembla al pensar que pueden embarcarle otra vez.

Luego, ahí está el Padre Rosales, que le grita desde

que le ve asomar a lo lejos: ¡no se embarque! ¡don Anrique! ¡no se embarque! ¡no se embarque! ¡no se embarque! ¡no se embarque!... Ya el Almirante ha doblado la esquina, y todavía no le deja el ¡no se embarque!, que va decreciendo como un rumor lejano.

No, se embarcará; lo que significa que no cogerá la cartilla por nada de este mundo.

Pero como Enriquito "no se debe quedar burro", la mamá dispone convencerle a latigazos, y el chilillo va y viene durante muchos días por las espaldas del pobre niño.

¡Con cartilla noo! ¡con cartilla noo! —grita el infeliz. —Que me den silabario, o el libro de versos; pero cartilla no, nooó, nooó, nooó!

Consultado el maestro, sobre si se podrá estudiar silabario sin pasar la cartilla, dice que es un absurdo; que antes dejaría su empleo que consentir en barbaridad semejante.

Bien dicho: lo mismo que diría hoy un gramático, si le hablaran de escritores que no han estudiado sintaxis.

Y sin embargo, hay cenzontles que no aprendieron el solfeo, y anda por ahí un pavón, con una aurora boreal en la cola, que no se ha dignado estudiar la teoría de los colores, y las rosas soberbias que están reinando en mi jarrón chinesco, se mueren de risa si les hablo de los señores *Rigaud y Cía.—perfumistas—París, rue Vivienne...*

* * *

Así, pues, el testarudo de Enriquito aprendió a leer

sin pasar la cartilla. Ello sí, le ha costado sus buenas azotainas; pero, ¿qué es lo que no cuesta en esta vida? Y luego, la madre se cansa de pegarle, y entre Enriquito burro y Enriquito desollado, escoge Enriquito burro.

Además, interviene la abuelita: "No quiere que le peguen más a su muchachito; derrepente se muere, y entonces serán los remordimientos. Ni es uno más feliz en la vida, porque sepa leer. No, no consiente que le peguen más".

¡Sea enhorabuena, don Anrique! eso es lo que buscaba Ud.: no ir más a la escuela, no dar lecciones, y pasarse los días enteros al sol, en la calle jugando papalote, o en el solar haciendo casitas, y atracándose de hojas de jocote con sal. ¡Sea enhorabuena!

Ahora, puesto que las *beabas* se han ido para siempre, veamos de ocupar nuestro tiempo con provecho y orden: Noviembre, papalotes; diciembre, los Nacimientos; enero, fiestas de los Reyes, y hermosas noches de luna para contar cuentos; febrero, los trompos; marzo, jugar cera; abril, salir de apóstol o de judío, y tirar. comida de pava y flor de coyol en las procesiones; mayo, las flechas, fiestas de la Cruz y, las moliendas. Quedan junio, julio, agosto, septiembre y octubre, meses lluviosos y aburridos; pero los invertiremos en comer frutas, en chapotear bajo los aguaceros, en baquetear el tamborcito, y en algo más que se nos ocurra.

El plan se cumplirá al pie de la tierra. No faltan, es verdad, algunos nubarrones que oscurecen de tarde en tarde tan sereno cielo; alguna granizada de repelones o alguna lluvia de azotes; a los cuales Enriquito responde siempre: ¡cartilla no! ¡cartilla no! ¡por eso se quebró la lancha!

XI

¡Papalotes!. . .

Va un año que arrinconé la pluma, esperando que mi corazón se rejuveneciera para escribir esta parte de mis *Niñerías.*

Ahora sé que espero en vano. No, jamás, nunca más volverá el alma a ser niña! Jamás mi fantasía hallará otra vez el revolar del colibrí, el errante vaivén de las nubes, las carreras locas de las hojas con que noviembre juega. . .

¡Amigos he sufrido mucho! todas las perlas de la mente se fueron en artículos sobre la *libertad;* los rubíes se los tragó la *democracia;* tal cual zafiro de honda luz, se transformó en un ganso que se llamó la *situación,* o la *Verdad en su lugar.* Hice crónicas, hice gacetillas, reñí polémicas; peroré, ¡horror! en los clubs, entre los tamales humeantes de entusiasmo, y entre los ¡vivas! enronquecidos por el aguardiente.

¡Oh, Dios! Así, qué plumaje no se desgarra y mancha. . .

Amigos, he matado mis pájaros; los que viven tienen rotas las alas, y apenas si con pesado vuelo rastrean las divinas huellas de la belleza.

***

¿Decís, doctor, que pertenecen al género de las *papalotáceas?*

¡Muy bien. . . pero vuelan!

Y si no cantan, es porque el niño es un pájaro mudo. (A menos que nuestro oído sea capaz de ahondar en la armonía divina de sus risas locas).

Y como el papalote es un pensamiento de niño. . .

Al parecer, no es más que una hoja de papel, asida a una hebra de hilo, y con una larga cola de trapo. Así parece; mas cuando el viento resonante de noviembre canta en las frondas y vuela por el cielo las polvaredas de zafiro, y vaga el sol como una flor de plata y las hojas cuchichean corriendo por el suelo, entonces, para la honda visión del niño surge de la verdad, y es una blanca garza, prendida al hilo de oro de una araña, que azota el aire con la estela de un astro!. . .

Este es el mensajero de los niños.

De allá arriba descubre dónde charlan los pájaros, ve lo que hacen las flores, oye lo que cantan los céfiros. A través de la cuerda corren las palpitaciones y los ensueños de los niños, y él los lleva a las brisas, a los pájaros y a las flores.

¡Oís. . . ese zumbido es su palabra? ¿Qué dice?

Dice: pájaro, mi cabellera es un plumaje, mi charla es un canto, mis saltos y mis fugas son ensayos de vuelo! ¿Por qué huyes de mí?. . .

Rosa, mis labios son pétalos, mi aliento es aroma, mis ojos brillan como el ala de las mariposas! ¿Por qué no me quieres?. . .

Céfiro, yo tengo tus vaivenes; como tú, penetro en las frondas, y me asomo a los nidos, y me baño en las linfas, corro por entre los maizales! ¿Por qué no me llevas?. . .

¡Vuelva, vuelva, vuelva, oh mensajero de mis ansias!. . .

Y el papalote rompe entonces su cuerda, y se va errante por los aires, como una blanca garza. . .

***

Sí, yo he fabricado en mis buenos tiempos ese juguete prodigioso, y aun tengo mis pretensiones de haber sido un verdadero sabio en la materia.

Yo *volé,* desde la pluma de *jolote,* hasta la *estrella;* desde la modesta *cuartilla,* hecha de una plana mal escrita, hasta la *luna* poderosa, que apaga con su sonora voz a los más grandes barriletes.

¡Volé... y ya no vuelo!

¡Y esta es la historia de todos! Y "de aquí sale un cuento", como diría Shakespeare...

XII

Noviembre es el divino mes del Trópico; el heraldo feliz que trae buenas nuevas; el que abre la puerta de oro por donde llegan los más risueños días.

Ahora, con los papalotes, trae los afanosos preparativos de los Nacimientos.

¡Para esto, don Anrique! No sabe tanto que pueda infundir vida a los muñecos de trapo; pero, en cambio, ¡qué prodigioso arquitecto! Que le den a armar el cabildo, la iglesia, el convento, la cárcel, todos los edificios públicos, o sean otras tantas cajas de cartón, e irán brotando, artísticamente recortadas, de sus hábiles manos.

¿Y la pintura? Si no falta en el monte la yuquilla, ni el achiote en la cocina, ni tinta negra en el tintero, él responde de todo.

Un Miguel Angel, este don Anrique!

Verdad que, en ocasiones, no distinguen bien los visitantes, entre la Iglesia y el Cabildo; cierto que, a veces, hay quienes toman el púlpito por un troje de maíz. Pero ¿cuándo supo el vulgo de bellas artes? Yo,

que represento la posteridad, hago justicia a don Anrique, y declaro que fue siempre un consumado artista.

XIII

Nuestros Nacimientos eran, sobre poco más o menos, iguales todos los años. El Paraíso, La Laguna, la Iglesia, un borracho en el cepo, la Escuela, la Plaza, el Mar, la patrulla, el pesebre de Nazareth, etc., etc.

En el Edén, bajo un árbol de escaso follaje, se ve a la Serpiente, de trapo blanco, con manchones de tinta negra, almibarada y maliciosa, mostrando con los ojos una especie de matazano o manzana. Luego Eva, echándole mano distraídamente, y en seguida el bueno de Adán, con su cara de Juez de Paz, que accede por no tener ningún disgusto en casa.

Tras del árbol, medio escondido entre el ramaje, el Señor, adusto, con una fingida severidad que parece decir: ¡Ah pícaros, ya los cogí!

Por allí cerca vaga cada tigre y cada pantera, más grandes que el árbol prohibido, revelando en su andar bonachón, que todavía no han recibido la orden de comerse a las personas.

El tablado o envarillado si gustáis, no da mucho espacio; por manera que apenas si hay distancia entre la escena del Paraíso y la del portal de Nazareth. Aquí, alumbrado por tamaña estrella de papel dorado, surge el grupo de la mula y el buey; un mulón, capaz de llevar a Fierabrás, y un buey, grande como toro de Gualcho, que ya, ya, fracasan al pobrecito Enmanuel, tiritando de frío en un retazo de *género de familia.* La Virgen, de camisa escotada, más seria que un centinela, con los brazos en jarra, y al otro lado San José,

luciendo su calzón de *reforma,* su camisa vicentina con vivos morados, y su sombrero de vicuña, todavía arrugado por los doce meses de reclusión que pasó en el baúl. Tras del buey y la mula, los pastores; tras de los pastores, los tres Reyes, encabezados por Melchor, negro como el hollín, y caballeros en briosos caballos, puesto que no se encontraron dromedarios; tras de los Reyes, la patrulla conduciendo a un borracho, y tras de ésta un reluciente general, mandando al ejercicio a doce muñequitos de manta-dril azul.

Falta espacio, y las cosas no pueden quedarse sin lucir. Así, por un prodigio de arquitectura, se ha colocado encima del Portal, el mar, hecho del espejo más grande que había en casa, transparente y tranquilo, surcado por barquitas de papel blanco, y por garzas más grandes que las barcas. Y yo no sé cómo diablos ha sucedido, ello es que un sastre, el famoso sastre que vino de la feria de San Miguel, se ha instalado con su taller a orillas del océano, donde, por más que rujan tempestades y bramen huracanes, se está día y noche "con el dedal y la aguja, con la aguja y el dedal".

¡Un sastre que mueve la cabeza! ya comprendéis que antes dejaríamos de poner al Niño, y que si hay urgencia, lo instalamos sobre el árbol del Paraíso.

Este sastre, con el militar colorado, una tortuga de movimiento, un gato que hacía *miau,* y un barquecito que rodaba él solo sobre el espejo, digo, sobre el mar, eran los verdaderos motivos de poner en casa Nacimiento. De tal manera que los espectadores, acostumbrados a verlos año con año en los puestos de honor, les buscaban ansiosos, apenas se descubría el Portal.

—¿Dónde han puesto la tortuga?

—Que ¡no es aquella que anda encima de la Iglesia?

—¿Y el sastre?

—¡Miren! ahí está en la orilla del mar.

—¿Y el gato? ¿dónde está el gato?

—Ve, se ha trepado en el Volcán que está detrás del Paraíso!

El Niño, toda la vida muy lindo; la Virgen, no se diga! ¡pero no hay como la tortuga!

XIV

Se abrió el Nacimiento, velamos la noche de la misa, oímos los vozarrones de los pastores, que van de portal en portal, canturreando sus *¡Pastores, pastores, vamos a Belén!. . .*; comimos *una que otra fruta,* que encontramos mal puesta, y esperamos con la más desapoderada impaciencia, que llegara el día de los Reyes.

Verán ustedes:

Tres o cuatro meses antes, había llegado al pueblo una familia italiana: un Capitán de mar, con su mujer y dos chacalines; gente de buen talle, ricos al parecer, y no incultos. Venían de Roma, según dijeron, y la señora había insinuado, así como quien no dice nada, que en su tierra, el día de Reyes, a las doce en punto de la noche, por el camino de Santiago (Vía Láctea) se veían pasar los tres monarcas, con sus numerosas y regias comitivas. "El Negro, va delante; cada uno lleva tres camellos, un elefante, y una infinidad de caballos; la estrella, siempre guiándoles".

Todos los detalles.

De modo que las comadres del pueblo, se decían:

¡pues vos, no hay duda que son los tres Reyes!

Rodó la bola; fueron donde la *madama* (en mi lugar toda la extranjera es la *madama*), preguntáronle categóricamente, y la madama respondió que sí, que era cosa vieja, y que le extrañaba que entre nosotros no sucediera lo mismo.

Y comenzaron las comadres:

—Vos, ¡a saber si se verá también aquí!

—¡De veras, vos!

—¡Si veláramos, vos!

—¡Pues no habíamos de velar, vos!

Una beata, de cuyo nombre me acuerdo aunque no quiera, y también de su cara, más arrugada que una pata de gallo, dijo, consultada que fue, que el Gran Poder de Dios era muy poderoso, y que llevando el escapulario tal, y rezando todas las noches la oración cual, y haciendo la novena de Santa Rita, no había duda sino que el Señor nos haría la gracia, etc., etc.

El señor Cura agregó, que no estando en pecado mortal, pagando un regular número de misas, y dando la mayor suma de limosnas al templo, la cosa era más que probable...

Aprobado por la primera beata del pueblo, confirmado por el señor Cura, y sobre todo, prometido por la *madama,* claro es que no quedó vecino que no aguardara ansioso el paso de los Magos.

Llegóse, pues, el día, fue cosa de ver a un pueblo entero, boquiabierto, escudriñando, desde el anochecer, todos los puntos del horizonte.

La madama, para quien la cuestión ya no tenía gracia —¡tanto la había visto!—, no salió de su casa, sino que durmió desde temprano. Pero nosotros, toda la noche por calles y solares, devoramos con los ojos el

firmamento, escudriñando los últimos rincones de la Vía Láctea.

¿Y pasaron los reyes?

¡Vaya! ¡mejor que reyes!

Pasaron globos de fuego, que parecían incendiar el Ether transparente; enormes diamantes, irradiando flechas irisadas; grandes y apacibles luceros de plata, a través de cuyos nimbos se entreveían los ojos nacarados de los querubes; diáfanos topacios que subían perezosamente al zenit, y de allí se dejaban caer con balanceos de paracaídas; flores de amatista, rosas de ópalo, llamas de esmeralda, bogando suavemente en el ancho río de oro de la Vía Láctea!

La reina, pasó también; se alzó tras de los montes, húmeda todavía de su baño en las marinas ondas; ascendió lentamente, y tendió por todo el firmamento la cauda de su argentada cabellera. Subió, subió más y más, hasta su trono, alzado en la mitad del cielo, y con la frente coronada de estrellas, y envuelta en su manto bordado de zafiros, descendió con vuelos de cisne, entre el coro triunfal de los astros, no sin enviarnos antes un beso de luz que acarició la frente de los niños...

De la beata no; ni de las viejas maliciosas, que se anquilosaron la nuca en busca de los dromedarios. A ésas que las bese la madama!

Hermanos míos, dijo el Cura, la gracia del Señor no ha querido premiar nuestros deseos, sin duda porque no lo merecemos. Es preciso dar limosna, mucha limosna; el templo tiene muchos gastos!

La beata se puso furiosa, y juró no tener *más cuentos* con Santa Rita.

La madama dijo, ingenuamente, que el cielo de

Italia era muy puro, y que tal vez por eso, sólo en Roma se veía bien.

Así será, señora, replicó un cipote, porque yo me estuve hasta las cuarenta, y no vi nada!

XV

No vinieron los Magos, pero vino la guerra, la triste guerra que terminó en Pasaquina con un desastre. La escuela no se abrió, las madres se dieron a la inquietud más honda, por los hijos grandes, y los pequeños satisficimos dos elevadas y constantes aspiraciones: no ir a la escuela, y pasar el día en la calle. La cual, por supuesto, se convirtió en campo de batalla, donde los generales éramos los muchachos; los soldados, una infinidad de huesecitos, y los cañones, largas y descarnadas canillas, que abrían enormes brechas en las filas.

Aconteció que siendo el cañón arma única, un canillazo Krupp se llevaba por tierra filas enteras de huesecitos, sin que lograran escapar los más valientes. Así fue, que discurrimos dispersar las tropas, y aun encargarle a cada uno, que aprovechara todos los recursos del terreno. Apoyados en una piedra, defendidos por una zanja o cubiertos por un bosque de... escobilla, cada soldadito se hizo digno de figurar entre los setecientos mil valientes de El Salvador, y se dieron reñidos Waterloos y Léipzigs, que sólo aguardan un historiador para asombrar al mundo con sus recuerdos. Y así fue como se inventó el Orden Abierto, que tan grandes modificaciones ha introducido en el arte de la guerra.

Alternábamos los combates con partidas de *peregrina,* en la cual don Anrique era consumado Maestro. La *peregrina clásica* se compone de "caja, orejas de caja, ojos, pechito, tres arcos, cajita, orejas de cajita, picacho, y mundo abierto, o cerrado, a discreción". Sobre *cajita,* puede desarrollarse el mismo plan con que se comenzó, y entonces resulta la peregrina doble, en las cuales se prueban las almas, o los pies de gran temple.

La historia no tiene pudores ni modestias. Y como hablo aquí como historiador, he de contar que en ese juego no conocí rivales: no pisé jamás las rayas de los más angostos arcos; sacaba siempre el tejo de *uno de mundo,* y no fui jamás a *descanso.* El *caracol,* la *semana* y otros diversos géneros me fueron familiares y en tan nobles ejercicios adquirí aquel vigor, aquella firmeza, aquella actividad, que más tarde, en las difíciles labores del colegio, me permitieron romper en *veintinueve días,* un par de zapatos de búfalo, con punteras de bronce, tacones herrados, y suelas guarnecidas por dobles hileras de tornillos.

XVI

Por aquel tiempo —1876— sucedió la célebre aventura del Izote, y que no fue otra cosa sino dar al viejo y perezoso árbol una azotaina nunca vista, hasta dejarle medio descortezado, y colgarle además, grandes piedras en las ramas; con lo cual, a la siguiente primavera, el rebelde Izote nos regaló con blancas y suculentas flores.

¡Ah, buen viejo, no sabías lo que te esperaba! Al trabajo, amigo, a dar flores; ya basta de puñales y de espadas, aunque parezcan de esmeralda. Ha pasado

el tiempo, amigo, en que los sables daban la ley al mundo.

Sables, muy bien; mas guárdelos usted para cuidar las urnas de alabastro de sus ramilletes. Vea usted al *quilite,* y aprenda. ¿No da él esos preciosos yataganes de coral, buenos para colgar al cinto de los gnomos? Sablecitos tersos, tallados con rubíes, no son para el ocio ni la revuelta; son para resguardo de los jugosos cogollos; y ellos mismos, cuando verdes traen la paz, el sueño *que es la sal de la vida,* según el viejo Shakespeare.

¡Sables, cómo no! mas si les recortamos la puntita, se tornarán gargantas de pitorreal, que harán la gloria de los niños.

¡Aprenda usted, amigo! Sable que trae el orden, y da fianza por la bondad, y abre el cauce a la corriente de la justicia! Y si no, yo le daré azotes y grandes piedras en las ramas.

El buen Izote entró en miedo, y vinieron en la primavera los albos ramilletes de urnas alabastrinas...

XVII

Para instruirse, los viajes. A don Anrique que ha ido de progreso en progreso, no le falta sino ver mundo, conocer nuevas gentes y aprovecharse de tantas cosas que los viajes enseñan. Don Anrique irá a Jucuapa, donde unos parientes acomodados cuidarán de sus adelantos.

Hechos los preparativos salimos... es decir, salió Juan Mejía, criado de casa, caballero en una mula, llevándome por delante como una maletita.

Andar, y andar, y andar, llegamos a un llano grande, grande, grande, donde se habían reunido todos los pajaritos para saludar a don Anrique, con quien entablaron la charla más divina.

Uno contó que tenía su nido colgado de una espiga de arroz: otro dijo que de la copa de un árbol donde estaba su casa, se divisaba todo el Llano —un mar de olas verdes—; otro refirió su casamiento con una flor de la montaña vecina; éste ensayó una canturria nueva, de su invención, que pensaba estrenar a grande orquesta a la aurora siguiente.

Don Anrique, por no ser menos, narró algunas de sus aventuras, entre ellas la del Descubrimiento de América, aunque tuvo cuidado de cambiar el final de la expedición.

Después, los viajeros subieron y bajaron, una y otra vez, inmensos cerros; cruzaron por entre espesos bosques, donde crece *el árbol que de verde nace y de seco se pudre;* descendieron a las hondas quebradas, donde habita la culebra *Chin chin torr,* que canta tres veces antes de morder; atravesaron las intrincadas selvas donde se oculta el *zipitillo,* o duende que come cenizas; pasaron las sabanas donde alza su ancha copa el *árbol de los botones,* cuya fruta enmudece a los niños que preguntan mucho...

Andar, y andar, y andar... don Anrique se durmió, quebrantado por aquel viaje tan largo y fatigoso, y hasta la mañana siguiente no supo que había llegado al término de su camino, después de recorrer una distancia total de cuatro leguas.

XVIII

No soy yo como esos viajeros de mi tierra, que

van a París a escuchar organillos y a recrearse en los café-cantantes, ni de los que llevan vestido nuevo para ir a lucirlo en los bulevares. Yo salí por instruirme, y bien sabe Dios si estudié a fondo cuanto mis ojos vieron de notable en aquel curioso país.

Por aquellos días acababa de introducirse en Jucuapa el juego de las bolitas: esas de mármol o de cristal, ahora tan vulgares, y que eran entonces la más extraña novedad.

Sólo que, siendo exclusivamente caras —dos por medio real—, hubo que acudir a las imitaciones: los industriales del país las fabricaban de piedra pómez o de ladrillo, al salir de la escuela; y si no eran bonitas, sí llenaban las necesidades del consumo.

Dime, pues, a estudiar con ahínco ese importante juego, y aprendí lo suficiente para implantarlo entre mis paisanos, según más tarde he de contar.

Otras mil cosas aprendí, pero no quiero mencionar sino la más interesante: Había colegio en Jucuapa, frecuentado por muchos cipotes, y allá me llevaron a las horas de recreo, a disfrutar de un grande patio, sombreado de cocoteros, donde, a ratos perdidos, estudié y llegué a dominar el francés como si fuera mi propio idioma.

No sé yo cómo lo hablaría el profesor —un provinciano que lo aprendió en Vingut—, ni he aquilatado las ligeras modificaciones que sufriría yendo de aquél a los discípulos. Ello es que de Vingut al catedrático, de éste a los muchachos y de los muchachos a mí, el pobre idioma no dejaba de padecer alguna cosa. Así, por ejemplo, *dichosos los ojos que ven a usted,* se decía *"vu devé nerar con le bon yur"*. Pero como en achaques de pronunciación no se puede ser muy exigente,

el francés marchaba, y todos nos entendíamos que daba gusto!

Andando los años, fui yo a un colegio, y no de provincia; estudié el Simonne y su Clave, saqué fallas alguna vez; el primer premio en el reparto de los tales; sobresalientes en mi examen;. . . y la primera vez que tuve necesidad del gabacho, así me entendieron como si dijera *vu devé nerar con le bon yur*. Quise luego leer una novela francesa, y nada: *vu devé nerar*. . . y si no hago el esfuerzo de traducir a punta de diccionario durante más de siete años, aquí estaría aún con *vu devé nerar*. . .

Tanto progresamos, que sin duda en nuestros colegios de ahora se estudiarán los idiomas prácticamente, a modo de utilizarlos siquiera en las urgentes ocasiones. Pero yo soy un poco desconfiado, y cuando veo a los jóvenes con su *Método* debajo del brazo, me río para mis adentros, y me digo: hum, hum!. . . si estará ése estudiando el *vu devé nerar*. . .

XIX

Cada uno es cada uno. Si los caballeritos aquellos saben jugar bolitas y hablar en lenguas, don Anrique sabe leer versos con arte nunca visto, con entonación maravillosa, con tal penetración de sentido, que las estrofas parecen ya trozos de mármol o himnos de las aves. A la prueba: ¡venga aquí don José de Espronceda, el libro aquel de cintita verde y retrato encubierto bajo papel de china; hagan la rueda, y oigan!

"Toledo, que de mágicos jardines
Cercada eleva su muralla altiva,

No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva..."

¡Así se lee, dicen los oyentes, así se lee!

"De los hombres lanzado al desprecio,
De su crimen la víctima fui;
Y se evitan de odiarse a sí mismos
Fulminando sus odios en mí".

¡Así se lee! Muy bien, Anriquito! ¡Así se lee!

—¿Ya lo ves, burro? que no pasás del *quita-calzón!*

—¡Ay, señora Leandra! lo mismo que este otro zoquete, que tiene años de estar en la escuela, y nada.

—¡Comadre, también tienen la culpa estos maestros, que nada enseñan!

Un triunfo. Y no pasa ocasión ni se ofrece tertulia, donde don Anrique no haga la envidia de los muchachos, leyendo en el libro de la cinta verde.

Soy viejo ya; Dios me pedirá cuentas cualquier día, y no quiero presentármele cargado de mentiras: así sabía yo leer entonces, como hacerme ahora millonario, y lo que para mí significaban las frases de mis trozos predilectos, no era más de lo que ahora se me alcanza del griego. Memoria, y nada más. Sabía, por la figura, dónde estaban *mis* composiciones, y como nadie me preguntaba letra por letra, o palabra por palabra, ¡aquí estaba yo, llevándome a remolque a Zorrilla y a Legouvé, por mi maravillosa manera de leer!

Sí, amiguitos, jugadores de bolas! donde las dan las toman; yo también sabía *devé nerar con le bon yur*...

XX

Bien entrado el año, regresé a mi país, rico de fama y ciencia, con más gola que un gallo, y haciendo la rueda. ¡Pues ahí es nada, un niño que sabe hablar francés!

A la noticia de mi regreso, corrieron los muchachos y las viejas del pueblo, y les soltaba yo cada *vu devé nerar,* que les dejaba boquiabiertos. Vino luego lo más importante, que fue darles a mis amigos, con todo el énfasis del caso, noticia menuda del juego de las boli tas. —¿Esas tenemos? ¡pues no se habla más del francés ni de tonteras, que lo que interesa son las chibolas!

Desde entonces mi casa se inundó de muchachos, y cuanta sustancia amasable se encontró a mano, vino a rodar, con pretensiones de forma esférica, desde el ladrillo y la piedra pómez hasta la cera negra y la brea.

Adelantaban los muchachos en aquel arte y en aquella industria: disfrutaba yo de la más legítima gloria, siendo su director y maestro, y sumisos atendían ellos todas mis indicaciones sobre tan difícil y complicada ciencia.

No faltó quien observara que el juego aquel nunca se acababa de aprender; que tenía mil reglas y diez mil excepciones, y que, gracias a mi vasta ciencia, nadie me ganaría jamás. Siempre citaba yo un inciso, *en virtud del cual, en este caso,* me pertenecían las chibolas. Con esto fue enfriándose el entusiasmo, yendo a menos mi influencia, y acabó el diablo de llevárselo todo, por un maldito *achín* que desembarcó cuando menos se esperaba, con un cargamento de bolitas de mármol y de vidrio. El pícaro del hombre no sólo vendió a bajo precio, sino que enseñó otro método de jugar, fácil, claro y breve, sin enredos ni embrollos.

¡Adiós, pues, coronas de la gloria! No queda sino el *vu devé nerar,* de que los muchachos hacen la más risible caricatura, por más que responda yo a sus muecas con el tremendo insulto de sacarles la lengua.

Gracias que ahí viene el Invierno: las bolitas cederán su puesto a las flechas, a los barcos, a los violines de cañas de maíz; se olvidará todo, y don Anrique volverá a ser el buen muchacho de antes, querido de sus compañeros.

XXI

¿El triste, el crudo invierno, decís?

¡Vaya! Triste, para los pobres viejos cuyos miembros entumecidos piden el sol. Para mí también que veo en la niebla la imagen de lo que llevo aquí dentro. Triste, sí, para vosotros, los que escondéis en el corazón el cadáver del pajarito ensueño.

¡El hondo cielo azul en que no se halla la más pequeña nube! El aire cálido que hace vibrar los nervios y puebla la mente de visiones! El espléndido sol a cuya ardorosa caricia se abren las flores, y las yemas revientan, y la sangre palpita, y brota de las sedeñas gargantas la armonía, y se enciende en todos los pechos la llama del amor! La vida desbordándose en la naturaleza!... los sueños desbordándose en el alma...

¡Ah pobres viejos! todo eso ha pasado para no volver nunca!...

* * *

¿El triste, el crudo invierno? Preguntad a los niños a ver si hacen caso del beso helado de la brisa, ni de

los alfilerazos de la llovizna, ni de la monotonía de la niebla.

El buen anciano *Invierno,* gasta con ellos muchos cumplimientos. Gracias a él, abundan las ocasiones de no ir a la escuela.

—No vine, señor, porque estaba lloviendo...

Y si supiera el maestro, que a esa hora, precisamente cuando la lluvia caía a mares, andaba el arrapiezo, desnudo y sin zapatos, haciendo cabriolas en el patio de la casa? Estaba lloviendo, ¿cómo había de ir?

—¿Mamá, me voy a la escuela?

—¡Hijito, así con esta lluvia!

—Pero, mamá! ¿y si me castigan?

Y se va el muchacho, y la madre se queda haciendo lástimas de su hijo que, por no faltar, se expone a la lluvia, y al lodo, y al frío!

No tenga usted pena, señora. Si el día estuviera cálido y luminoso, sí sería digno de lástima, porque... ¡habría escuela!

Ahora no. Se mojará mucho, es cierto; irá en medio de la corriente, chapoteando, es verdad; quizá se llene de lodo hasta las orejas; pero qué quiere usted? es invierno, y por otra parte todo eso está *previsto.* Además, *se sabe,* entiende usted? *se sabe* positivamente que el *maistro* tiene un catarro de mil diablos, y por consiguiente...

Si usted desea saber lo demás, lléguese a la escuela y mire aquella pandilla de diablitos mojados hasta los huesos, saltando por sobre los charcos, construyendo diques, zangoloteando la cabeza para no sentir tanto frío en la boca repleta de granizos; cubriendo la corriente con numerosa escuadra de buquecitos.

¡Ah! cuando usted vuelva a casa, tenga cuidado de

hojear el silabario y los cuadernos de escritura, a ver si averiguamos de dónde han salido los materiales con que se fabricaron aquellos gentiles barquichuelos, que usted admiró balanceándose sobre las aguas impetuosas.

¡Cuidado con castigar al niño, ¿estamos? No es tan caro el papel, para que el Pobrecito se prive de botar al agua cada día una docena de buques. Cuando se acaben los cuadernos ya veremos de dónde sacamos la materia prima. Es muy fácil: no hay más que coger un pedazo de calabaza bien seca, ovalarlo con el cortaplumas, y abrirle tres agujeros en la línea central. Ahora, de carrizo, de caña brava, de cualquier cosa se labran tres palitos, que serán los mástiles, y en cada uno de ellos se amarra una banderilla azul o roja. Y ahí tiene usted un buque insumergible, capaz de echar a pique toda la marina británica!

Si yo fuera usted, señora, premiaría a ese pequeño marino con una lluvia de besos...

¿Que se moja, que se enloda, que echa a perder los zapatos? Déjele usted, está en su derecho.

Y no me venga a mí con historias, que bien me acuerdo de cuando andaba usted descalza y con un simple camisolín, pasando revista a todos los charcos de la calle.

Mañana ¡oh Dios! mañana el niño será hombre, y tendrá el corazón lacerado, y no hallará más placer que el que le traigan los recuerdos de su niñez... cuando él hacía barquichuelos, y recogía granizos, y atravesaba las crecientes con sus piececitos desnudos...

* * *

La lluvia ha cesado.

Brillan las hojas como si estuvieran cuajadas de diminutos diamantes. El verde colibrí, semejante a una esmeralda que vuela, va de mata en mata, buscando las flores preñadas de néctar. En los sotos se oye el rro rro de los conejos que cortan la grama húmeda y fresca. Entre los matorrales se ven pasar a la carrera las ariscas perdices, que lanzan a intervalos su ronco y gemebundo silbido. En el bosque lejano, el pito-real deja oír su sonante y límpido grito que contrasta con la plañidera voz de la perdiz, mientras que las bandas de tucanos hienden el aire con sus alas de fuego, y los clarineros entonan sus vibrantes dianas y los torditos de ojos encendidos celebran danzando la fiesta del amor.

También los niños toman parte en ese concierto de luz y de armonía. Se van al campo. De los torcidos vástagos del *chupa-miel*, preparan los arcos; ahí cerca están los espesos cañaverales, ofreciendo para las flechas sus varas tersas y lucientes, que terminan en penachos de plata.

Listas las armas, a cazar, a correr por la campiña, a dar volteretas sobre la grama, a buscar las colmenas de *molongotes* y la cera de los *talnetes*...

* * *

Ya veis cómo el invierno no es triste.

De la niebla, y del frío, y del granizo de todas sus inclemencias saca el buen anciano placeres para sus chiquitines.

¡Ay! para vosotros, pobres viejos que lleváis la niebla en la cabeza... para mí que la llevo en el corazón, todo eso ha pasado para no volver nunca!...

Una mala noticia, mis amigos: la guerra pasó ya; y tendremos escuela.

Y fue así: con un maestro nuevo, un pobre hombre a quien le llamábamos Chico Pino; viejo, con una cara apergaminada, que parecía siempre como que iba a llorar.

A mí me hizo *decurión*. Por cierto que lo pasé grandemente, porque en mi decuria había los muchachos más imbéciles del lugar, incapaces de aprender jamás una lección. Tenía su suerte en mis manos, y en vez de que el maestro los azotara mañana y tarde, pensamos que sería mejor traerme ellos alguna golosina *—tarde y mañana—*, y yo dar cuenta de que aprendían pasmosamente *mañana y tarde*. Aquella solidaridad me produjo, durante varios meses, exquisitas anonas blancas y excelentes tamales de elote.

A pesar de su cara de piel curtida, Chico Pino era mejor maestro que los anteriores; salvo Julio Colato, quien dejó eterna memoria entre los niños, porque jamás les castigaba y porque jamás les enseñaba!

Pues hallábase Chico Pino en lo más tranquilo de su vida, cuando nos aturdió la noticia de que llegaba para nuestra escuela nada menos que un normalista!

Nadie sabía a punto fijo de qué se trataba; no lo sospechaba ni el primer decurión, un sabio que podía preparar el yeso, dividir por tres cifras y escribir con falsilla.

Que es esto, que es el otro, que sí, que no, la escuela acabó por trastornarse; Chico Pino se desgañitaba llamándonos al orden; los decuriones llovían sobre sus milites palmeta y látigo; los granos de maíz para las

rodillas fueron cambiados por arena, pero todo fue inútil. Cuando el maestro *tomaba* las lecciones, acaecía que un pequeñín dijera así los sacramentos: "el primero, bautismo, el segundo confirmación, el tercero penitencia, el cuarto normalista!"...

Una hora en cruz, con orejas, y en la puerta. ¡Venga otro!

—Pregunto: decid, niño, ¿cómo os llamáis?

—Responderá su nombre Pedro, Juan, Normalista... no, no; Pedro, Juan, Francisco, etcétera.

Por allá gritaba entretanto alguno su lección de Moral: "La celdilla de la abeja, cabaña del castor...", y otro mascullaba la de Cartilla del Ciudadano: "¿Qué cosa es ley? Un precepto impuesto por orden superior, que manda, prohíbe o permite código civil". Un tercero repasaba su silabario en esta forma: "beába, beébe, beíbi, beóbo, beúbu"; y otro, en fin, deletreaba así el Catecismo: "d-io-se-dios, tete; sea-le-sal-ueve, *Dios te Salve*",

El pobre *escuelero* se volvía loco.

Era él de los mejores maestros; pues no se había limitado a enseñarnos la Tabla, la Doctrina, la Moral y la Escritura, sino que introdujo además la Cartilla del Ciudadano, y la Gramática, que él reducía a repetir los nombres de los signos de puntuación, y a los verbos amar, temer y partir. "Coma, punto y coma, dos puntos, punto final, paréntesis, guión, interrogante, *admirante*, párrafo, diéresis o *crema*": Eso era la Gramática.

De todos modos, pasaba Chico Pino por un buen maestro; mas la noticia de que llegaba un normalista dio en tierra con su autoridad; de modo que la escuela se le hizo ingobernable. Un día, amanecido apenas,

Chico Pino tomó la vuelta de su pueblo, sin decir adiós ni presentar renuncia; con lo que el Municipio, temeroso de que el desorden cotinuara, dio la escuela por cerrada en tanto no viniera el nuevo maestro.

XXIII

¿Cuándo llega, por fin? ¿Cómo vendrá vestido? ¿Hablará en lengua? Estas y otras muchas preguntas se hacían los vecinos, con impaciencia, y para ello les sobraban motivos: porque nadie sabía en el pueblo, qué y cómo era un normalista; porque éste a quien esperábamos, era *nuestro;* un muchacho del pueblo, ido cuatro años antes a San Salvador, y porque en aquel tiempo, no más que los valientes y los locos emprendían viaje al *Otro Lado,* es decir, más allá del Lempa. Imaginad el interés que nos inspiraba ese hombre que venía de *allá,* que había vivido *allá,* y que se había *instruido allá!*

Mientras llegaba, y para recibirle dignamente, las madres aderezaban a sus hijos con traje nuevo, bolsón nuevo, regla y pluma nuevas y, además, tinta morada y papel rayado de rojo. Por su parte el Ayuntamiento disponía una hermosa y bien acribada palmeta, *disciplinas* de bien torcido cuero, y hacía blanquear la escuela.

XXIV

Fue una mañana, yendo a misa de cinco, cuando ahí, cerca del pilón de la plaza. *lo ví* ¡yo antes que ninguno! Adiviné que era él, y le examiné a mi gusto, de pies a cabeza, hasta que supe *a fondo* lo que era.

¡Portentoso: pantalón de casimir! ¡chaleco! ¡reloj! con *leontina!* ¡camisa de lana!, fondo claro con listas azules, y sombrero de *felpa!*

Minutos después, más de treinta muchachos le examinábamos a respetuosa distancia, boquiabiertos, notando hasta el más insignificante detalle de su fisonomía y de su traje.

Durante una semana no se habló sino de "don Anselmo". Por tácito convenio le dimos ese nombre, en vez del usual de *maistro,* que recordaba la pobre figura de Chico Pino. Después de algunos días, cuando don Anselmo hubo contado, recontado y vuelto a contar su vida en San Salvador, su viaje, el paso del Lempa, cómo era el Obispo y cómo el gobierno, se abrió la escuela.

XXV

El salón estaba aquel día de bote en bote; y cuando don Anselmo comenzó a explicar, no se oía ni el más ligero ruido. Dijo que en adelante recibirían clase, los diez alumnos más aprovechados; que éstos se repartirían la enseñanza de los demás, que los principales estudiarían gramática, aritmética, moral y geografía. Todo por un nuevo sistema. Que pidiéramos a San Salvador la "Gramática" de Velarde y "El Universo" del mismo. En seguida, entresacados los diez notables, comenzó la clase.

—Yo satisfago... tú satisfaces... El verbo satisfacer, quiere decir *hacer bastante.*

Todos: ¡hacer bastanteee!

—Pretérito; yo satisfice... tú satisficiste... él satisfizo... ¡Repitan!

—Yo satisface, face... faci... fice... tú satis-

faciste... feciste; ficiste; él satisfació... fició... fe-
ció...

Cuando llegamos al futuro del subjuntivo, estábamos locos de entusiasmo. Al salir de la escuela no se oía más que "satisfaría, satisfaremos, satisfacieren"; todos pronunciaban con tal énfasis, como si fueran palabras mágicas.

¡Y qué comentarios!

—¡Este sí que sabe!

—¡Y nos va a enseñar *Universo!*

—¿Y qué es Universo?

—¡Tonto, el Universo es *lengua!*

—¿Cómo va a ser lengua? el universo es para cuentas.

Qué va, dijo el sabio, el que dividía por tres cifras —el Universo es con láminas; yo lo he visto, porque don Anselmo me lo enseñó. Tiene una así como cola de *papalote,* que se llama cometa, y otro cuento redondo que se llama Saturno.

Todos los días nos daba una sorpresa el nuevo sistema. Látigo, palmeta, arena para las rodillas continuaban y asimismo la memoria, funcionando como facultad exclusiva. No obstante, desde el último alumno hasta el señor Alcalde, el Gobernador y acaso hasta el señor Ministro de Instrucción Pública, todos estaban convencidos de que la enseñanza había tomado *"nuevos rumbos".*

Llegáronnos por fin los libros. El "Universo" era un libro ancho, cuadrado, que hablaba del general Prim, de los cometas, del Diluvio, de los jesuitas, y de cien cosas más. La "Gramática" comenzaba con una lista de escritores americanos; después el verbo, raíces griegas, filosofía, métrica, versos; mil asuntos, revueltos y barajados en la más extraña mescolanza.

Pues bien, jamás hubo tan lucidos exámenes, ni maestro más querido de sus discípulos, ni alumnos más bien vistos de su maestro. El pueblo todo reventaba de orgullo. ¡Como que era el único en la provincia, que poseía escuela con normalista, y normalista *propio!*

XXVI

Y no más, no más...

Niñerías, hay. El rosal no ha gastado aún todas sus rosas; se abren a cada nueva aurora, los céfiros saben el secreto de su fragancia. Mas no ha llegado aún la moda de las rosas; viven y triunfan las cebollas de California, las yucas se yerguen como centros emperadores.

¡Quién fuera el pájaro de la montaña virgen, cuyos salvajes cantos se pierden entre el follaje de los anchos robles... o la tranquila flor que bebe luz en los crestones de los cráteres inhollados... O, mejor, ¡quién supiera cantar el canto sin palabras de las grandes almas ignoradas!...

INDICE

PAGINA

POEMAS ESCOGIDOS

NIÑERIAS

Este libro se terminó de imprimir el 20 de septiembre de 1973, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, C. A.

